

# CRISTIANIDAD



## 8 RAZON DE ESTE NUMERO

La época particularmente compleja cuyo estudio tocamos hoy por primera vez comprende desde Constantino hasta las invasiones de los pueblos germánicos.

La Editorial destaca los principales problemas que la Iglesia recién salida de las Catacumbas, tuvo que afrontar, a saber: la lucha con el paganismo decadente, y con sus infiltraciones doctrinales y prácticas, es decir, la herejía y la mundanidad.

A esto se unía el desmoronamiento del Imperio. Lo increíble de este espectáculo, llevó a los pensadores contemporáneos a especular sobre su significado. Así nace la «**Ciudad de Dios**» de San Agustín, primer ensayo de Filosofía y Teología de la Historia, cuyo tema nos expone con ágiles trazos Luis Rey Altuna (págs. 14, 15 y 16).

Con facilidad comprenderá el lector la intención de los demás trabajos que componen este número, esflorando un tema aleccionador en sumo grado para nuestros tiempos.

SECCIÓN «**Plura ut unum**»: **En los albores de la cristianidad hispánica, Fructuoso, Augurio y Eulogio**, por J. M. Font-Rius (págs. 2 y 3). **Arrio y el arrianismo**, por Francisco Hernanz (págs. 4, 5 y 6). **La estatua de la Victoria** (págs. 7, 8 y 9). **De patricia romana a mendiga Santa**, por María del Carmen García-Die (págs. 10 y 11). **La «Peregrinatio ad loca Sancta» de la virgen española Eteria**, por Antonio Badía Margarit (págs. 12 y 13).

SECCIÓN «**A guisa de tertulia**»: **El «Te Deum laudamus»**, por Luis M.<sup>a</sup> Figueras (págs. 17 y 18).

SECCIÓN «**Del Tesoro Perenne**». «**Nova et Vetera**»: **El intento de Juliano el Apóstata de reconstruir el templo de Jerusalén**, por Paul Allard (págs. 18 y 19). **El carácter del arrianismo**. Cartas de Arrio, Eusebio de Nicomedia, San Alejandro, etc. (págs. 20, 21 y 22).

SECCIÓN «**A la Luz del Vaticano**»: **La Vida. Comentario Internacional. La cuestión de Palestina** (y II), por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 23 y 24).





## CUEVAS DE ARTA-MALLORCA

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

LAS MARAVILLOSAS CUEVAS DE ARTA

**JUAN RIGUAL** MATARO

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO  
**VDA. DE J. MONTASELL**

San José, 33

MATARO

**HERMANDAD SINDICAL DE  
LABRADORES Y GANADEROS**



*Mataró*

# CRISTIANDAD

15 Julio de 1944

NÚMERO 8 - AÑO I

SUSCRIPCIÓN:

ANUAL. . . . . 48'— Ptas.

TRIMESTRAL. . . . 12'— »

EJEMPLAR. . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870

B A R C E L O N A

## Proyección sobre nuestros días de la decadencia del Imperio Romano

*«Los campos y ciudades han cambiado y todo hacia su fin se precipita. Por el hierro, la peste y por el hambre por la cárcel y el clima riguroso arrebatada una muerte de mil modos a los míseros hombres; por doquiera zumban las luchas; el furor a todos excita, y unos Reinos sobre otros caen con arma innúmera..., se ensaña sobre el mundo confuso la Discordia. De las tierras huyó la paz...»*

Este fragmento de un autor de principios del siglo v, que la docta pluma de Joaquín Florit ha traducido en verso para CRISTIANDAD, es suficiente para mostrar el interés que el estudio de aquel tiempo puede tener para el nuestro. Sólo una cierta ingenuidad del autor rompe la analogía.

«De las tierras huyó la paz...» El paganismo no dejó de culpar a la Iglesia de la descomposición del Imperio, por haber abandonado a los antiguos dioses.

San Agustín, Prudencio, se levantan contra esta calumnia. No los falsos dioses habían dado a Roma su grandeza, sino las perdidas virtudes de los antepasados.

Pero una pregunta ulterior es posible: ¿Por qué la Iglesia no pudo evitar la descomposición del Imperio, por qué no pudo retener la paz en sus tierras? Es el problema de la virtualidad de la Iglesia para dar y conservar la paz al mundo. La analogía con nuestros tiempos vuelve a aparecer.

Una primera respuesta es posible, hablando del siglo iv: la Iglesia, recién salida de la persecución, no tuvo tiempo para robustecer y sanear suficientemente las instituciones.

Pero esta primera respuesta es insuficiente. Hay una razón más honda de esta aparente impotencia de la Iglesia; y es que el espíritu pagano, que se atreve a presentarse como acusador, se había infiltrado en su campo; y esto, no sólo entre los seglares, sino también entre el clero.

Esta infiltración del paganismo tuvo lugar de dos maneras: una doctrinal, por medio de las herejías que viciaron la fe; otra práctica, por medio del espíritu de mundanidad que vició las costumbres.

La reacción fué, en verdad, extraordinariamente enérgica: nunca se ha visto un tal derroche de santidad. Vémosla ocupar constantemente (pese a la momentánea desorientación de Liberio) el solio pontificio; vémosla ungir la frente a verdaderas dinastías de obispos. Vémosla acudir generosamente al doble frente en que la lucha se plantea, y dar, con la sabiduría de los Padres, la batalla a la herejía; con la penitencia de los eremitas y monjes, la batalla a la mundanidad.

Pero esta lucha trabada por los «batallones de la falange divina» es primordialmente una lucha defensiva. La expansión misional de la Iglesia queda dificultada; los herejes competen con ella en este terreno, y consiguen difundir el arrianismo entre los pueblos germanos. Al mismo tiempo, la obra de saneamiento interior queda impedida, y cuando aquellos pueblos se levantarán en sus fronteras, faltarán al Imperio los medios de resistencia.

\* \* \*

«Y todo hacia su fin se precipita...»

¿Está ya realmente próximo el fin o, con frase del Señor, «todavía no es el fin»? El poeta se presenta este dilema:

«Et si concluso... saeclo...  
Aut posset longos mundus habere dies...»

La conclusión que saca es puramente de valor personal, pero es la de un verdadero cristiano y conserva aún toda su ejemplaridad: es una invitación a la meditación, al desprendimiento y al espíritu de sacrificio:

«Quidnam igitur tanta pro spe tolerare recusem?»

\* \* \*

Nuestros días replantean su problema. La analogía no es accidental, sino vitalísima. La pregunta sigue llevando el mismo peso de angustia: ¿Es posible la paz?



# En los albores de la cristiandad hispánica.

## Fructuoso, Augurio y Eulogio

La ciudad de Tarragona tiene la honra de haber dado los primeros mártires del Cristianismo en nuestra patria. Allí donde precisamente había tenido origen el culto al Emperador de Roma, fué donde se encendieron las primeras hogueras para consumir el glorioso sacrificio que de sus vidas hicieron al verdadero Dios los jefes de aquella comunidad nacida en el seno de la gran urbe provincial. El Obispo San Fructuoso y sus diáconos Augurio y Eulogio morían en las llamas del anfiteatro de Tarragona, a mediados de enero del año 259 de la Era del Señor.

Fundada esta ciudad, como colonia, en los inicios de la dominación romana en la Península, fué en seguida capital de la extensa provincia Citerior o Tarraconense, puerto natural de entrada del romanismo en España, y, por sus envidiables condiciones geográficas, lugar escogido para goce y solaz de los Emperadores. Fué Tarragona el foco principal de la romanización española. Y fué también al cuna de aquel culto tributado al Emperador, que representaba un homenaje y adulación de las provincias del Imperio al dueño del mundo. Allí se levantaron los primeros templos, allí se reunieron las primeras asambleas para celebrar los obsequios y sacrificios a la imagen augusta que luego se difundirían por todo el ámbito del Imperio.

Pero también allí predicó un día el nuevo Evangelio el Apóstol de las gentes, y su semilla no debió caer a la vera del camino. Cuando, a mediados del siglo III, arrió en las tierras hispanas el primer vendaval persecutor, la cristiandad tarraconense era ya floreciente, y pudo dar al mundo un magnífico ejemplo de la fortaleza en la fe. No hubo allí que lamentar la debilidad y cobardía de algunos fieles de Astorga y Mérida, que, con sus obispos al frente — Basíldes y Marcial —, habían simulado años antes un acatamiento a los ídolos, para obtener el *libelo* que los ponía a salvo de ser perseguidos y castigados por desobediencia al edicto de Decio. Ahora, en la nueva persecución ordenada por Valeriano, los mártires de Tarragona, los primeros mártires atestiguados en España, dieron ejemplo magnífico de su fidelidad a la fe de Cristo.

Un documento, de los más auténticos, ha hecho llegar hasta nosotros el relato del proceso y martirio de los tres Santos de Tarragona. Es una de las *Actas consulares*, las que contenían los procesos verbales oficiales, que solían guardarse en los archivos del procónsul. Y hay argumentos de diversa índole en confirmación de esta autenticidad, como son el *Himno VI* de Prudencio, cuyo contenido revela ser escrito a la vista de aquellas *Actas*, y el testimonio de San Agustín que, en uno de sus sermones, da cuenta de la lectura hecha a los fieles de aquel relato, citando textualmente palabras y frases del mismo. La sublime sencillez de aquellas *Actas*, en que palpita la emoción augusta de tan insignes hechos, a la luz de la verdad más patente, nos demanda trasladarlas aquí con la mayor fidelidad en su traducción castellana.

«Siendo Emperadores Valeriano y Galieno, y cónsules Emiliano y Baso, el diecisiete de las Calendas de Febrero (16 de enero), un domingo, fueron presos Fructuoso, Obispo; Augurio y Eulogio, diáconos. Descansando Fructuoso en su aposento, se dirigieron a su casa seis soldados de los que llaman beneficiarios, a saber: Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Habiendo oído Fructuoso sus pisadas, se levantó al punto y les salió al encuentro en sandalias. Dijéronle los soldados: «Síguenos; el presidente te llama a ti y a tus diáconos.»

Respondióles el Obispo Fructuoso: «Vamos; pero, si me permitís, me calzaré antes.» Dijéronle los soldados: «Cálzate a tu gusto.» En seguida de llegar, fueron metidos en la cárcel. Fructuoso, loco de contento en vista de la corona que el Señor le preparaba, oraba sin interrupción. Acompañábale la comunidad de los hermanos, consolándole y rogándole que no se olvidara de ellos.

»Al día siguiente, bautizó en la cárcel a nuestro hermano Rogaciano. Estuvieron en la prisión seis días y comparecieron el doce de las Calendas de febrero (21 de enero), un viernes, sufriendo el siguiente interrogatorio:

»El presidente Emiliano, dijo: «Comparezcan Fructuoso, Obispo; Augurio y Eulogio.» «Aquí están», respondieron los *oficiales*. «¿Conoces las órdenes de los Emperadores?», preguntó al Obispo Fructuoso el presidente Emiliano. «No las conozco — repuso el Obispo Fructuoso —; pero en todo caso, sabed que soy cristiano.» «Pues han mandado adorar a los dioses», dijo el presidente Emiliano. «Yo no adoro más que a un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos hay», replicó el Obispo Fructuoso. «Pero, ¿no sabes que hay dioses?», volvió a decir Emiliano. «No lo sé», contestó Fructuoso. «Pues pronto lo sabrás», repuso Emiliano. El Obispo Fructuoso levantó los ojos al cielo y empezó a orar dentro de sí. «Entonces — continuó Emiliano —, ¿quién será escuchado, temido y adorado si se rehusa el culto a los dioses y la adoración a los emperadores? — Volviéndose luego hacia el diácono Augurio, le dijo: — No hagas caso de las palabras de Fructuoso.» «Yo adoro también al Dios omnipotente», contestó Augurio. «Y tú, Eulogio, ¿adoras quizá a Fructuoso?», preguntó el presidente Emiliano. «No hay tal. Yo no adoro a Fructuoso, sino a Aquel a quien Fructuoso adora», respondió el diácono Eulogio. Volviéndose de nuevo Emiliano al Obispo Fructuoso, le interrogó: «¿Eres Obispo?» «Sí, lo soy», respondió Fructuoso. «Lo fuiste», repuso Emiliano, y firmó la sentencia, condenándoles a morir quemados vivos.

»Al ser conducidos al anfiteatro, lloraba todo el pueblo, porque el santo Obispo era muy querido, no solamente de los hermanos, sino también de los gentiles, pues era tal cual lo exige el Espíritu Santo por boca de aquel vaso de elección y doctor de las gentes, San Pablo. El dolor de los hermanos estaba por este motivo mezclado de alegría, sabiendo que iba a recibir el galardón de una gloria muy grande. Un numeroso grupo, movido por la caridad fraterna, les ofreció un vaso de ciertas mixturas para que lo bebiesen; pero Fructuoso les dijo: «Aun no es hora de romper el ayuno.» Es de advertir que entonces era la hora cuarta, es decir, las diez de la mañana, y el ayuno no cesaba hasta la hora de nona, o sea a las tres de la tarde. Ya el miércoles había celebrado solemnemente en la cárcel el ayuno, y el viernes, alegre y confiado, se preparaba a terminarlo con los mártires y profetas en el Paraíso que Dios preparó para los que le aman.

»Luego que hubo llegado al anfiteatro, se le acercó Augustal, lector suyo, pidiéndole, con lágrimas en los ojos, que le permitiera descalzarle. Pero el Mártir le contestó: «Déjame, hijo, yo me descalzaré, y con tanta más fortaleza y alegría, cuando que estoy cierto de que se van a cumplir en mí las promesas del Señor.» Descalzóse, pues, por sí mismo.

»En seguida se le acercó nuestro hermano y comilitón Félix, y, cogiéndole la mano derecha, le rogaba encarecidamente que se acordase de él; a lo que el Santo repuso con voz clara, que todos pudieron oír: «Yo debo

de acordarme de toda la Iglesia Católica, esparcida de Oriente a Occidente.»

»Estando ya a la puerta del anfiteatro, próximo a entrar a recibir, más que la pena, la corona inmarcesible, en presencia de los soldados beneficiarios de que antes hicimos mención, hablando movido por el Espíritu Santo, dijo a nuestros hermanos, con voz que todos ruidieron oír: «No os faltará pastor, ni podrán salir fallidas la caridad y las promesas del Señor en este mundo y en el otro. Lo que veis, no es más que una hora de dolor.» Después de haber consolado a la comunidad de los hermanos, entraron a recibir su palma, habiéndose hecho dignos de sentir en el acto del martirio el fruto de la felicidad prometida en las Sagradas Escrituras. Fueron tres, como Ananías, Azarías y Misael, para que en ellos se palpara a la divina Trinidad; porque, envueltos en las llamas, no faltó la virtud del Padre, ni el socorro del hijo, ni la mitigación del fuego por parte del Espíritu Santo, que en él los acompañaba. Luego que se quemaron las cuerdas con que tenían atadas las manos, acordándose de la oración divina y en virtud de la costumbre arraigada, se pusieron gozosos de rodillas con los brazos en cruz; y seguros de la resurrección, representando así como estaban en el triunfo del Señor, exhalaban sus almas en medio de plegarias.»

Indiscreto sería todo comentario a esta pieza llena de verdad y de fervor. Pero señalemos, de paso, la serenidad y fortaleza de ánimo que se descubre en Fructuoso, a través de su interrogatorio, sin altivez ni ostentación alguna: su amplia visión de la Iglesia universal, el cuerpo místico de Cristo, «*esparcida de Oriente a Occidente*», y esta edificante unión y asistencia moral de la comunidad de fieles en torno a sus pastores, acompañándoles hasta el suplicio...

Bello nombre el de Fructuoso — como ha dicho un elegante escritor — y repleto de buenos presagios. Fue un grano de trigo caído en tierra buena, que dió el ciento por uno como en la lección evangélica de las cuatro semillas: el grano de trigo consumido en el surco que re-

nace después, multiplicado, a la vida. San Fructuoso y sus dos diáconos abren el cortejo de aquella legión gloriosa de varones, doncellas y niños que, en años posteriores, al filo de la espada de Diocleciano y sus legados, regaron con sangre generosa el suelo de la nación hispana: las Eulalias, los Vicentes, los Marcelos..., cumpliéndose también aquí la famosa sentencia de Tertuliano.

No se perdió con el tiempo el recuerdo de aquellos primeros mártires.

Su veneración en numerosos rincones y comarcas de nuestro país es atestiguada profusamente a través de toda clase de manifestaciones artísticas y de patronazgos sobre parroquias, monasterios y templos, llegando hasta tierras de Italia, donde fueron transportadas sus reliquias, a raíz de la invasión musulmana. La Abadía de San Fructuoso, de Camogli, cerca de Génova, fué el centro más importante de su culto durante la Edad Media, extendiéndose también a la vecina Francia, y aun a las nuevas tierras descubiertas en América. Y desde los inspirados himnos de Prudencio hasta los populares «Goigs» de nuestros tiempos, una corriente poética ha cantado con fervor la gloria de los tres mártires, invocándolos en toda suerte de necesidades. Bien podemos hoy elevar nuestra plegaria para que conserven la fe de su pueblo quienes fueron campeones esforzados de la misma en los albores de la su predicación, apropiándonos, para ello, la invocación final que un delicado poeta ha puesto en los «Goigs» que les canta su ciudad.

«Sants! El món cuida malvendre's  
a una vida sense fre.  
Conserveu amb vostres cendres  
el caliu de nostra fe.  
Una aureola divina  
nimba el front dels vencedors,  
Tarragona s'il-lumina  
de les vostres resplendors.»

J. M. FONT-RIUS.

Los cristianos de la primitiva Iglesia dieron testimonio constante de su espíritu de caridad, que se traducía a menudo en la ayuda mutua mediante la limosna.

Diversos pasajes del Nuevo Testamento nos muestran casos concretos de ejemplares desprendimientos a favor de los humildes y necesitados.

Obremos también nosotros con aquel mismo espíritu, correspondiendo a la llamada de la Iglesia.

**¡Que no falte nuestro óbolo en la colecta para la limosna del Papa!**



# Arrio y el arrianismo

Admirable es el espectáculo de esa multitud que por todos los caminos del mundo civilizado se acerca a la confluencia de dos continentes y desemboca en Nicea, la pequeña ciudad de Bitinia, región que bañan abundantemente las aguas del Helesponto; tal es el lugar donde se ha dado cita la aristocracia espiritual de aquel magnífico y trascendental siglo IV, representativo de un momento histórico y fruto de una circunstancia.

Un estremecimiento ha recorrido de punta a punta todo el Imperio. El llamamiento de Constantino y del Papa San Silvestre ha puesto en conmoción y en ruta a centenares de personas, cuyo viaje costea el Emperador poniendo a su disposición toda clase de vehículos.

Espectáculo inusitado, este primer Concilio ecuménico ha reunido a más de trescientos Obispos que vienen de diferentes lugares, salvando distancias enormes, que hablan lenguas distintas y que es la primera vez que se ven. Sin embargo, se hallan ligados por una misma fe: la de Cristo; por una misma experiencia: la persecución; por un mismo sufrimiento: el martirio. A su alrededor asistentes, servidores, doctores, etc.; incluso paganos que se acercan con una curiosidad coloreada en algunos casos de cinismo, desinteresados al parecer en el debate, pero mezclándose en las discusiones extraoficiales «ante concilium», e inclinados irresistiblemente hacia aquella herejía, más conforme con sus razonamientos dialécticos, que pocos días después va a ser condenada por la Iglesia reunida.

Los solitarios ascetas han dejado su retiro. Los perseguidos llevan grabadas las muestras de su tortura en los miembros y en el cuerpo. Ahora la gente los rodea para besar sus heridas y todos se abrazan; y hablan sin entenderse, pero sintiéndose..., y los más gozan humildemente del triunfo...

El Obispo de Roma, San Silvestre, cuya avanzada edad le impide asistir, ha mandado una delegación compuesta por los dos presbíteros Vitón y Vicente y dirigida por el Obispo de Córdoba, el español Osio, amigo de Constantino y presidente que ha de ser del Concilio.

En el palacio de la ciudad se reúnen todos los Obispos; cada uno tiene designado su sitio y en el centro del salón hay una silla de oro para el Emperador, que entra revestido de púrpura, oro y brillantes, con dignidad de rey, pero con humildad de cristiano. Los Obispos le contemplan de pie; Constantino permanece un momento del mismo modo, se inclina levemente como pidiendo permiso para sentarse, y aquéllos se lo conceden inclinándose igualmente; después del Emperador todos se sientan. El Concilio va a empezar sus tareas.

Es Constantino quien toma primero la palabra para dar gracias a Dios por haber llevado a buen término la magna reunión donde él espera que todos se pondrán de acuerdo y se unirán en un mismo sentimiento y en una misma creencia, «haciendo desaparecer toda raíz de discordia». En seguida Arrio es llamado ante el Concilio para que exponga su pensamiento.

\* \* \*

Pero aquí hemos de detenernos. Más aún, hemos de retroceder y echar una ojeada al panorama histórico que ha quedado a nuestras espaldas y que, sin embargo, está condicionando, como pasado que es, este presente.

Un hombre: *Arrio*; una herejía: *el arrianismo*: he aquí los factores esenciales de este primer Concilio ecuménico. Veamos *el hombre*.

Arrio era africano, oriundo de la Libia Cirenaica; persona de semblante grave, pero amable en el trato y hábil para granjearse la confianza de la gente. Ambicioso y, al mismo tiempo, de costumbres austeras; amante de novedades, pero manifestando siempre un gran

amor a la religión; orgulloso de su pretendido saber, sin poseer de la ciencia profana y religiosa más que un superficial barniz. Pronto se mezcló en el cisma que Melecio acababa de formar, pero se separó poco después y fué ordenado diácono por San Pedro de Alejandría. Al cabo de poco tiempo fué excomulgado en vista de su reincidencia con los cismáticos, pero muerto San Pedro solicitó insistentemente el perdón de su sucesor San Achillas, el cual consintió y además le ordenó sacerdote y le confirió la enseñanza pública de la Sagrada Escritura. Esto alimentó más aún su ambición y cuando murió el Obispo albergó en su corazón la esperanza de ser el sucesor. Sin embargo, la elección recayó sobre el virtuoso Alejandro, santo también como sus predecesores inmediatos.

Este suceso fué un golpe para la vanidad de Arrio, el cual se lanzó ya definitivamente por la senda de la herejía, en conversaciones particulares primero, después públicamente, cuando San Alejandro, preocupado por el crecimiento del partido arriano, convocó unas conferencias con su clero, en las cuales tomó parte el herejarca.

De nada valieron los esfuerzos del Obispo de Alejandría para que Arrio se retractase. Un Concilio al que concurrieron más de cien Obispos de Egipto y de Libia le excomulgó, mas en seguida buscó alta y decisiva protección, después de haber estado un tiempo retirado en Palestina buscando nuevos y abundantes adeptos y atrayendo directa o indirectamente hacia su doctrina a algunos obispos.

Entran ahora en escena dos personajes de gran influencia en la corte imperial, los cuales, decantándose del lado de Arrio, van a empujar al Emperador y con él a varios de sus sucesores por la pendiente del arrianismo. Nos referimos a los dos Eusebios, principalmente al Obispo de Nicomedia; los mismos que, desairados un tanto a raíz del Concilio de Nicea, se recuperaron después formidablemente para constituir durante una época en el seno de la Iglesia lo que Batiffol llama la «oligarquía eusebiana».

Tanto Eusebio de Nicomedia como Eusebio de Cesarea escribieron sendas cartas a San Alejandro, exhortándole a favor de Arrio; las que se han conservado (1), muestran no precisamente la acritud de una lucha feroz, sino más bien la refinada hipocresía de que se hace gala en el bando arriano para convertir en amigo al enemigo.

Pero el obispo de Alejandría, firme en su venerable ancianidad, resistió hasta el fin.

Es notable el esfuerzo que despliegan constantemente para ser aceptados dentro de la Iglesia; pretendiendo casi siempre decir lo mismo que los otros, pero lanzando sutilmente el veneno de la discordia.

Portentosa nos parece en definitiva la firmeza de aquellos que, asaetados por todos los lados, resistieron hasta el último momento, cayendo finalmente — los que cayeron — ante la fuerza mayor de calumnias que no tenían que ver nada en absoluto con las cuestiones debatidas; así fué al destierro San Atanasio y tantos otros.

De la vitalidad de San Alejandro, evidentemente asistido ahora ya por Atanasio, da fe la extensa carta que dirigió al Obispo de Bizancio para advertir a todo el mundo del gran peligro que se venía encima (2). En ella expone con toda claridad quién es Arrio, quiénes son sus adeptos y sus protectores, qué es lo que pretenden, de qué manera proceden para lograr sus propósitos y cuál es la verdadera fe católica.

Reaccionando contra estas misivas, suscritas por el clero de Alejandro, convocaron los arrianos un concilio en Bitinia y desde allí procuraron que todos sus segui-

(1) Ved alguna de ellas en la página 20

(2) Ved *Infra*. Secc. "Del Tesoro Perenne" página 21

dores trabajasen en favor de una conversión de Alejandro a sus principios.

«La confusión con esto se hizo más grande — dice Rohrbacher —. No eran ya solamente Obispos y sacerdotes los que disputaban, sino que pueblos enteros se dividieron.»

En este momento se produce el gran triunfo de Constantino sobre su cuñado Licinio. Ya el Emperador es dueño de todo el Imperio, pero de un Imperio dividido por una disputa teológica. Desconociendo la trascendencia que tal conflicto pudiese tener, creyó en un principio que podía arreglarse fácilmente la cuestión — más aún si se tiene en cuenta que Eusebio de Nicomedia le aseguraba que se trataba únicamente de una simple discusión de vocablos —; escribiendo una carta a Arrio y a Alejandro. Osio llevó la carta a Alejandría y allí reunió un concilio en el cual se solucionaron algunas cuestiones, pero no precisamente la planteada por Arrio.

Estamos, después de este ligero recorrido, asomados otra vez a Nicea. En esta pequeña villa oriental parece que va a tener solución satisfactoria el conflicto. Examinemos ahora la doctrina: *el arrianismo*; ella nos volverá a traer hasta aquí.

\* \* \*

¿Tan importante era la doctrina de Arrio para la salud de la Iglesia y del Imperio, que mereciese los honores de un marco tan espléndido como el de un Concilio ecuménico? ¿Tan importante y trascendental ha sido para que nosotros nos ocupemos hoy, provechosamente, de ella?

Indudablemente, la cosa valía y vale la pena. Adentrémonos, aunque sea someramente, en la consistencia de esta herejía, para colocarla luego en el ensamblaje de ese siglo IV, considerándola en su existencia antes y después de su punto central, que está constituido por la condenación en el Concilio de Nicea.

En pocas palabras; el arrianismo no era otra cosa que un intento habilísimo de inutilizar casi de un golpe lo que había podido hacerse a fuerza de mártires durante tres siglos. Y no es que pueda achacarse a Arrio y a muchos de sus secuaces esta intención; al fin y al cabo aquél no era otra cosa que un vanidoso con cierto talento dialéctico que se hacía llamar «el ilustre» desde que fué ordenado sacerdote en Alejandría. Pero tras él se agitaba un torrente anónimo de paganismo que no esperaba más que se abrieran las compuertas del pantano para descargar su fuerza potencial e irrumpir devastador en la campaña.

Esencialmente, *el arrianismo consiste en la desintegración y negación de la Trinidad divina*. El lector puede verlo, leyendo en la página 20 (Sección D. T. P.), las propias palabras de Arrio (carta a Eusebio de Nicomedia, pidiendo su protección), así como la exposición que de esta misma doctrina hace San Alejandro en su carta al Obispo de Bizancio que anteriormente hemos citado ya. Por los hechos transcritos allí se ve con toda claridad que *se trata de negar la divinidad de Jesucristo*. Jesucristo viene a ser en el arrianismo un intermediario, un punto de unión, una especie de «Demiurgo» al estilo platónico, un enlace entre Dios creador y las criaturas, es decir, algo que haga posible en primer lugar la creación y, en último término, la Providencia, el cuidado divino de las cosas creadas.

Poco acuerdo podía haber entre arrianos y católicos puesta en este plan la discusión. El Concilio de Nicea oyó los términos de la herejía de labios del heresiarca, no sin que muchos Obispos se tapasen los oídos, horrorizados ante «tan odiosas blasfemias».

No podían ser tachados de inhábiles, precisamente, los arrianos y una vez más lo demostraron en las sesiones del Concilio. Valiéronse allí de mil subterfugios; aceptaban lo que la asamblea proponía siempre que entreveían la posibilidad de un equívoco, y esperaban que acabase el Concilio sin que nada terminante pudiese concluirse. Mas los Obispos ortodoxos, colocados en un aparente callejón sin salida, hallaron finalmente la que desde entonces sería célebre expresión: La palabra griega *homoousios*, que significa *de la misma substancia*; en latín, *consubstantialis*.

No era palabra de la Escritura y los arrianos, después de hacer resaltar este inconveniente, alegaron que era pa-

labra equívoca, puesto que una cosa puede ser de la misma substancia que otra o bien por división, o bien por derivación, o bien por erupción, como los pedazos de un cristal, los hijos del padre y la planta de su raíz, respectivamente. Pero los católicos desecharon estas comparaciones materiales, tratándose de Dios y, además, pusieron una que, hallándose en las criaturas, no era, sin embargo, tan grosera: ¿No son una misma cosa, de una misma substancia, la luz y el resplandor? Pues el Padre es como el sol y el Hijo su resplandor.

Eusebio de Nicomedia quedó — dice San Atanasio — traspasado por su misma espada, porque se vió imposibilitado de continuar dando su adhesión capciosa a todo lo que se iba proponiendo en el Concilio, debido a que había condenado positivamente la expresión de la consubstancialidad unos momentos antes en carta pública leída ante los Obispos.

Acabada la discusión, Osio presentó el formulario, y Hermógenes le escribió; éste es el texto:

«*Nosotros creemos en un solo Dios, Padre Todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado del Padre, es decir, de la substancia del Padre; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas en el cielo y en la tierra. Que por nosotros los hombres y por nuestra salud, descendió de los cielos, se encarnó e hizo hombre; sufrió y resucitó al tercer día, subió al cielo y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creemos también en el Espíritu Santo.*»

Todos los Obispos le firmaron, menos diecisiete. Luego sólo quedaron cinco y, en seguida, ante la pena del destierro cedieron tres más, entre ellos Eusebio de Nicomedia; sólo Theonas y Segundo se negaron a reconocer el símbolo y fueron condenados y desterrados en unión de Arrio.

Por lo que respecta a éste, sus posteriores andanzas ya no nos interesan lo más mínimo. Perdió importancia su persona, aunque no su doctrina. Con la «oligarquía eusebiana» y después del destierro de San Atanasio, Arrio fué llamado a la Corte para ser rehabilitado con todos los honores, pero la víspera murió repentinamente a causa de una indisposición que los católicos achacaron a un castigo de Dios y los arrianos a un envenenamiento de sus enemigos.

\* \* \*

Veníamos a decir más arriba que el arrianismo es un intento pagano de poner a flote algo casi ahogado por la sangre de los mártires. En verdad, Arrio ocultaba bajo su capa un nuevo paganismo, que hubiera arrollado el edificio construido poco a poco por la Iglesia, a no ser por el esfuerzo de unos cuantos hombres providenciales que siempre han surgido en el momento oportuno para poner su corazón y su inteligencia al servicio de la fe cristiana.

El arrianismo es un paganismo disfrazado; de eso no hay duda ninguna. Hemos hablado de «un intento habilísimo». En efecto, contemplando la historia de esos primeros siglos de nuestra era, echamos de ver muchas cosas. No hace falta haber hojeado un tratado de Derecho Romano para percatarse del esfuerzo constante, no siempre acompañado por el éxito, de la Iglesia para derrocar ciertas instituciones paganas, tan arraigadas en la época, que formaban la carne de su carne y la sangre de su sangre. La esclavitud y el concubinato son botones de muestra. ¿Quién no sabe de la lentísima evolución de la primera de estas instituciones, que ha perdurado hasta hace cuatro días?

El cristianismo se encontraba ante la tarea ingente de transformar una mentalidad; y con ello se quiere decir que no estaba todo resuelto con la adopción oficial del cristianismo en el Estado. Más todavía; esto era contraproducente en cierto modo, puesto que se corría el peligro de que el vencedor resultase vencido; se corría el riesgo de que el alud de paganos que se introducían en la nueva religión oficial, no por convencimiento, sino por



seguir la corriente, actuasen de elementos perturbadores. Es decir, existía el peligro de que los convencidos — que siempre son los menos — se dejasen arrastrar por los otros — que suelen ser los más.

Esto ha ocurrido en todo momento y en todo momento acaecerá. Y el arrianismo era una magnífica puerta de entrada gratis que se ofrecía a toda esa multitud, anhelante de introducirse en el teatro donde se representaba el éxito del día. Quizá la entrada no fuera gratis exactamente, pero era la que costaba más barata, puesto que no había que sacrificar casi nada de las antiguas creencias. Y si no, veamos.

Es hora ya de aclarar que el arrianismo como doctrina no surge con Arrio, sino en el seno de la escuela de Luciano de Antioquía. Los Obispos que defendieron a Arrio son, con él, discípulos de Luciano. Arrio mismo llama a Eusebio de Nicomedia *colucianista*, o sea discípulo suyo en la escuela de Luciano (3).

Este cristianismo helenizado era el que placía a los paganos puesto que consistía en un sincretismo donde todos y cada uno encontraban algo de sus doctrinas. Por eso San Atanasio combatía al arrianismo, no como a una herejía nueva, sino como a errores antiguos muy próximos a los paganos, a quienes no era extraño ya la idea de un Dios grande superior a los otros. No nos podemos entretener aquí trayendo a colación ejemplos y textos en los cuales se comprueba de manera fehaciente esta creencia general pagana en un Dios supremo, «sumus deus», «princeps deus». Sólo diremos que Licinio, que no era cristiano, ni lo fué nunca, en visperas de la batalla contra Maximino Daza, en 313, hacía cantar a su ejército:

«*Summe deus, te rogamus;  
sancte deus, te rogamus.  
etc., etc.*»

Y el edicto de Milán, cuando da la paz a la Iglesia, habla del objeto de la religión en los siguientes términos: «*Summa divinitas cuius religionis liberis mentibus obsequimur.*»

Por otra parte, Arrio se esfuerza en permanecer dentro de la Iglesia; pretende decir lo que todos los católicos dicen; y poco a poco va lanzando la semilla no sólo entre los católicos, sino también fuera, entre la gente que todavía no lo es para que, si han de entrar, sea él el conductor y el guía. Popularizar su doctrina, aquí y allá, dentro y fuera, entre los poderosos y entre los humildes; ése es el objetivo de Arrio, pero con desvergüenza tal que llega a hacer coplas callejeras con los dogmas y reparte gacetillas, por decirlo así, para que las cante la multitud, adaptándolas — con psicología de todos los tiempos — a todos los oficios y a todas las situaciones. Así hay coplas para el batelero, para el que da a la rueda, para el viajero, y todos cantan lo sagrado y lo divino deformado, en los mismos versos en que estaban compuestas las paganas canciones báquicas, afeminadas, lascivas, que sólo se rebajaban a eutonar, entre los mismos paganos, los bufones embriagados. Incluso esta colección de canciones arrianas lleva el mismo título que habían llevado las paganas; éstas se llamaban *Thalias*; la de Arrio, *Thalia*, cuyo prólogo, que ha conservado

(3) Ved. *Infra*, página 20

San Atanasio, es todo un tratado de lo que puede la vanidad de un hombre. (Ved *infra*, pág. ...).

Y ahora preguntamos: ¿Qué trabajo podía costar a un pagano pasarse al cristianismo, entendido tal como lo entendía Arrio?

\* \* \*

Las consecuencias del arrianismo no fueron pocas. Desde dentro de la Iglesia oriental se hizo una oposición a ultranza al dogma católico. Después del Concilio de Nicea unos Obispos desairados iban a laborar por la herejía. Los dos Eusebios empujaron a Constantino por la pendiente. Una figura cumbre, San Atanasio, ahora ya Obispo de Alejandría, se opuso tenazmente a sus manejos y fué mandado al destierro. Es todo un síntoma el que no pudieran vencerle hasta que, tocando el punto flaco de Constantino, le acusaron, injustamente, claro está, de retener en Egipto el suministro de cereales para Constantinopla. No fué este gran luchador espiritual el único desterrado. Otros Obispos le habían precedido por mantenerse incólumes, y la lucha había de seguir. Los emperadores, durante una época son arrianos y, en contacto con ellos y con sus obispos, van a aprender los bárbaros la nueva doctrina.

«La herejía — dice Menéndez Pidal — llegó a dominar la mitad oriental del Imperio, sobre todo bajo el arrianísimo emperador Valente (364-378), y de allí se derramó por los pueblos germánicos vecinos; de entre los arrianos de Constantinopla salió el obispo Vulfila, evangelizador de los godos en las fronteras orientales del Danubio (hacia 341), misioneros arrianos fueron los que cristianizaron a los vándalos, recién admitidos por Constantino a habitar en la Panonia, y después a burgundiones, suevos y otros pueblos del Norte, que, habiendo pasado la frontera renana, dominaron en occidente.»

Sin embargo, la prístina doctrina cristiana había de perdurar en su pureza a través de los siglos. La historia se repite a pesar de todo, y no es la última vez que se va a luchar. Este siglo IV, recargado de glorias y de espléndidas muestras de santidad, va a tener nuevas ediciones, con escenarios quizás cambiados, pero con ideas parecidas flotando en el ambiente

En este momento, procediendo acaso un poco a la ligera, se nos ocurre señalar tres hitos o mojones que sobresalen de la superficie de la historia desde este punto de vista: el siglo que nos ocupa, en primer lugar; en segundo, el siglo XIII; y, en último término, el siglo XVI. En todos ellos se da una verdadera floración de santos, siempre coincidentes con un recrudescimiento de las herejías. Ya dijo el apóstol: «oportet haereses esse».

Meditemos un momento la posibilidad de volver a señalar la historia con un cuarto hito, en este siglo XX — por otra parte, tan desgraciado —; no nos costaría mucho trabajo hallar en las Encíclicas de los últimos Papas, claras alusiones a un nuevo paganismo.

FRANCISCO HERNANZ MÍNGUEZ  
*Licenciado en Filosofía*

(Como complemento del presente artículo, el lector encontrará en la Sección «Del Tesoro Perenne, Nova et Vétéra», los documentos citados en el texto.)



# La Estatua de la Victoria

(Un episodio de la contienda entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV)

En los últimos años del siglo III a. C. Roma entra en relación directa con Grecia, es decir, con la Grecia representada por las colonias que vivían en el sur de la península itálica, y después de una accidentada guerra con Pirro, que había venido a auxiliar a los griegos de Tarento, aquél hubo de marchar de Italia, y Tarento cayó en poder de los romanos el año 272 a. C. Del botín que éstos llevaron a Roma formó parte una escultura griega que representaba a la Victoria alada. Después de la batalla de Actium, Augusto la mandó poner sobre un altar, en el Senado; los senadores quemaban sobre él un grano de incienso como ofrenda a la diosa, antes de comenzar las sesiones y puede decirse que era ella la que presidía sus reuniones y recibía sus juramentos cuando, vueltas las manos hacia ella, prometían fidelidad al nuevo emperador. Desde Augusto, pues, se habían cumplido sin interrupción estas ceremonias hasta el triunfo del cristianismo. Constancio la quitó del Senado. Juliano, que representa el último intento oficial, por decirlo así, de restablecimiento del paganismo moribundo, la volvió a colocar. Valentiniano, que comprendió bien por el ensayo de su antecesor que el paganismo era incapaz de readquirir su antiguo predominio, siguió una política de tolerancia, dejando fenecer poco a poco y por sí mismo al antiguo culto con sólo aplicar el edicto de Milán, y dejó la estatua de la Victoria en el Senado. Así estaban las cosas cuando Graciano, que ya había sido asociado por su padre al gobierno del Imperio en 367, le sucedió en 375 por muerte repentina de aquél, y se decidió a separar definitivamente el culto pagano y el Estado: hasta entonces, y pese a las creencias cristianas de sus antecesores, la dignidad de Pontífice Máximo había sido reservada siempre a los emperadores; Graciano ahora la rehusa diciendo que las insignias de tal Pontificado «no convenían a un cristiano». La estatua de la Victoria fué mandada retirar del Senado por orden de Graciano y de acuerdo naturalmente con su política religiosa.

No sólo los paganos convencidos, sino muchos indiferentes y aun cristianos que todavía conservaban un intenso afecto por el pasado glorioso de Roma sintieron vivamente el agravio, porque aunque las antiguas creencias habían perdido mucho de su primitiva fuerza, los ritos sobrevivían, como símbolos al menos. La estatua de la Victoria era, pues, esto, un símbolo, a quien todos tributaban respeto y veneración. Mas al tiempo que ella, se iba a debatir la gran cuestión del paganismo y el cristianismo, y sobre el pretexto que daba la reposición de la estatua en el Senado, se iba a hacer el último esfuerzo por parte de los paganos para defender el viejo culto, ya en franca decadencia. El Senado romano encargó de la defensa de la estatua de la Victoria a Símaco, uno de aquellos nobles de la decadencia del Imperio, orador de fama y pagano convencido, aunque su paganismo se reducía en realidad a una íntima veneración por el pasado, y todo lo que supusiera innovación en las viejas tradiciones, le parecía un ataque a sus creencias. A pesar de ello, esta profunda convicción no le había vuelto intolerante y tenía relación — su epistolario nos lo dice — no sólo con paganos, como él, sino con cristianos. Símaco partió, pues, para Milán en donde estaba la corte, ostentando la representación del Senado, por

lo menos la de los senadores paganos, pues los cristianos no estuvieron presentes, al decir de San Ambrosio, en su primera contestación al alegato de Símaco, «porque temían alguna violencia». El Papa Dámaso envió noticia al emperador de lo que se iba a solicitar y el escrito que los senadores cristianos le habían dirigido protestando contra el acuerdo del Senado. El escrito hizo su efecto y Símaco no fué ni recibido en la corte. El año 383 moría Graciano y su hermano Valentiniano II quedaba al frente del gobierno de Italia. El Senado estimó que el momento era oportuno y repitió la embajada con Símaco, que consiguió al fin ser escuchado. Hay en la exposición de éste razones que podríamos llamar sentimentales y hay sobre todo el argumento sobre el cual aquél apoya con más esperanza su pretensión: el argumento, por decirlo así, de la tradición: en favor del culto primitivo abona su misma antigüedad, y el pasado es sagrado al punto de que nadie, ni aun los mismos emperadores, tienen poder para cambiarlo. Este culto ha prestado no pocos servicios al Estado romano y por ello interesa conservarlo tal como siempre existió. Figuraos, dice Símaco, que Roma misma se dirige a vosotros con estas palabras: «Príncipes excelentes, padres de la patria, respetad la vejez que yo he alcanzado bajo esta ley sagrada. Dejadme mis antiguas solemnidades...; permitidme, pues que soy libre, vivir según mis costumbres. Este culto ha puesto todo el universo bajo mis leyes; estos sacrificios han alejado a Anibal de mis muros y a los galos del Capitolio... Es demasiado tarde para hacer lo que se me pide, sea lo que sea. ¿Por ventura no sería vergonzoso cambiar a mi edad?» Las leyes de Graciano, suprimiendo la asignación oficial que se daba a los sacerdotes de los dioses y a las vestales y confiscando las rentas de los templos es un delito cometido por el Estado, que los mismos dioses se encargarán de castigar. Y Símaco aprovecha el hambre que se ha extendido por una parte del Imperio, a causa de un año de mala cosecha, para decir que si la tierra no ha producido y la cizaña ha ahogado la buena hierba es que el sacrilegio ha secado el suelo, dejándolo estéril. En fin, Símaco termina haciendo una profesión de fe religiosa que es interesante consignar aquí: de la misma manera, dice, que cada mortal recibe un alma al nacer, cada ciudad tiene su protector, que la Providencia divina — *mens divina* — le designa. Así esta variedad de dioses locales obra al mandato de una divinidad suprema y en nada contradice su unidad; para Símaco las religiones en el fondo vienen a confundirse y son «formas diversas de un mismo sentimiento (Boissier). Reconozcamos, continúa, que este ser, quien se dirigen las plegarias de todos los hombres, es el mismo para todos. Todos nosotros contemplamos los mismos astros, nos es común el mismo cielo y estamos contenidos en el mismo universo: ¿qué importa la manera como cada uno busque la verdad? No se puede llegar por un solo camino a un misterio tan grande».

Puede calcularse el efecto y la honda emoción que el discurso produciría en todos los oyentes — consejeros del príncipe, generales, magistrados — sin excluir a los mismos cristianos que, como los paganos, opinaron que se debía acceder a la petición del Senado. Valentiniano II, que ya había recibido una carta de San Ambrosio, a la

sazón obispo de Milán, en que le recordaba en términos de súbdito respetuoso, pero enérgico, cuál era su obligación en aquellos momentos y le aseguraba que si decidía en contra de los cristianos, los obispos no lo consentirían e incluso le prohibirían el acceso a las iglesias, se negó a restablecer la estatua de la Victoria en el Senado. San Ambrosio se había contentado de momento con advertir al emperador sobre su deber en aquella ocasión, pero cuando tuvo conocimiento completo del alegato de Símaco, le contestó rebatiendo punto por punto, aunque más difusamente, los argumentos de aquél y valiéndose a menudo de la ironía y el sarcasmo. También en el discurso de San Ambrosio, Roma personificada habla a los romanos, pero lo hace en estos términos: «¿Qué utilidad tiene ensangrentarme cada día con el estéril sacrificio de tantos rebaños? La victoria no se encuentra en las entrañas de las víctimas, sino en el valor de los guerreros... No me avergüenzo de cambiar en mi vejez con el mundo entero; no es vergonzoso pasar a un partido mejor y nunca es demasiado tarde para aprender». Al elogio que Símaco hace de las vestales opone San Ambrosio el desinterés y la abnegación de las vírgenes cristianas, que para siempre y en gran número se consagran al servicio del Señor impulsadas, no por los privilegios y los honores como aquéllas, sino por las miserias y privaciones que les aguardan en este estado. Hemos visto que Símaco defendía el culto antiguo precisamente por el hecho de serlo, llevado de su gran afecto por el pasado; San Ambrosio sostiene la opinión contraria, esto es, algo así como una defensa de la ley del progreso que se da en toda la naturaleza: todo se va perfeccionando a medida que pasa el tiempo, y si hubiésemos de seguir la opinión de Símaco habría que remontarse hasta los orígenes del mundo; fuerza es, pues, admitir, continúa San Ambrosio, ciertas innovaciones provechosas, entre las que se encuentra la introducción del cristianismo. En fin, el obispo de Milán opone la Iglesia viviendo de sus propios recursos sin tener que mendigar la ayuda del Estado, a los sacerdotes de los templos paganos, que en su calidad de funcionarios públicos — puesto que hasta este momento la religión y el Estado romano han sido una sola cosa — son mantenidos por éste.

El discurso de San Ambrosio obtuvo la unánime aprobación de paganos y cristianos, y las disposiciones de Graciano fueron ejecutadas, no reponiéndose la estatua de la Victoria en el Senado, como Símaco y sus partidarios pretendían. Muerto Valentiniano II a manos de su general Arbogasto, «el personaje más considerable del Imperio de Occidente» en frase de Duruy (1), fué elegido

(1) *Histoire des Romains*, VII, p. 492.

en su puesto un antiguo retor, hombre, al parecer, no carente de méritos. El Senado aprovechó la coyuntura y aquél que, aun cuando era cristiano, lo fué, como lo fueron muchos en aquellos momentos, por conveniencia y tibiamente, restituyó, accediendo a las peticiones de los senadores, las rentas a los templos paganos y la estatua de la Victoria al Senado. Pero el triunfo decisivo del emperador Teodosio sobre Eugenio, que así se llamaba el retor, destruyó este conato de restauración del culto pagano e instauró definitivamente el cristianismo como religión oficial del Imperio.

Veinte años más tarde el poeta cristiano Prudencio puso en versos latinos los dos alegatos en un poema, que, al decir de algunos, es su mejor obra. No cabe en los estrechos límites de este artículo un estudio, siquiera sea superficial, de una obra de tan amplio contenido. Me limitaré, pues, a hacer algunas consideraciones recogiendo sobre todo los extremos que hayan quedado incontestados en la breve reseña que he dado del discurso de San Ambrosio. Dijimos que Símaco tenía cordiales relaciones con muchos cristianos de su tiempo; Prudencio en su obra le testimonia una admiración tan grande a su talento de orador que le lleva a decir, después de ponerlo por encima del mismo Cicerón: «*Os dignum, aeterno tinctum quod fulgeat auro, si mallet laudare Deum*» (boca digna de haber sido de oro si hubiese preferido alabar a Dios). En el libro I, en el que Prudencio ataca a los dioses paganos, hay una emotiva descripción de cómo todos estos mitos, fondo de la antigua religión, se iban afirmando con la costumbre y llegaban a hacerse una parte inseparable de la vida doméstica:



*«Ut semel obsedit gentilia pectora patrum  
vana superstilio, non interrupta cucurrit  
aetatum per mille gradus: tener horruit haeres,  
et coluit quidquid sibimet venerabile cani  
monstrarunt atavi: puerorum infantia primo  
errorem cum lacte bibit: gustaverat inter  
vagitus defarre molae, saxa inlita ceris  
viderat unguentoque lares humescere nigros.  
Formatur Fortunae habitum cum divite cornu  
sacratumque domi lapidem consistere parvus  
expectarat matremque illic pallere precantem.  
Mox humeris positus nutricis trivit et ipse  
impressis silicem labris, puerilia vota  
fudit, opesque sibi caeca de rupe poposcit  
persuasumque habuit, quod quis velit, inde petendum.*

(197-21, I)

(Una vez que la vana superstición ha penetrado las almas de los padres paganos, corre ya sin interrupción por todas las edades: el tierno heredero, temeroso, rinde culto a todo lo que sus viejos antepasados le mostraron digno de ello: los niños beben con la leche el error y gustan

entre vagidos la sagrada torta. Contemplan las policromas estatuas y los dioses lares unguados de perfumes. De niños habían visto a su madre suplicar pálida de ansia a la Fortuna, que con el cuerno de la abundancia había en su casa. Luego él también, puesto sobre los hombros de su nodriza, beso la piedra — la estatua — y exponiéndole sus infantiles deseos le pidió ayuda, convencido de que todo lo que se desea, a esa estatua hay que pedirlo).

Para Símaco los dioses había hecho la gloria de la poderosa Roma, soberana del mundo, pero Prudencio le arguye que no fueron ellos, sino el valor de sus guerreros, los Fabricios, los Curios, los Drusos, los Camilos. Más aún: nuestro poeta ve en aquella sumisión de todos los pueblos a Roma la Providencia de Dios que ha preparado así el camino a la verdadera religión, que hubiese encontrado terribles dificultades para difundirse en un mundo dividido y bárbaro:

*«Deus undique gentes  
inclinare caput docuit sub legibus isdem,  
Romanosque omnes fieri, quos Rhenus et Ister,  
quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat Hiberus,  
corniger Hesperidum quos interlabitur et quos  
Gangis alit tepidique lavant septem ostia Nili.  
Ius fecit commune pares et nomine eodem  
nexit et domitos fraterna in vincla redegit.»*

(602, 609, II)

(Dios hizo doblegar a todos los pueblos bajo las mismas leyes y que todos fueran romanos, los que viven a las orillas del Rin, del Danubio, del aurífero Tajo, del gran Ebro, del río de las Hespérides — el Po —, del Ganges y del Nilo, que va al mar por siete brazos. Un mismo derecho los hizo iguales y los unió con una misma denominación y, así sometidos, quedaron ligados por vínculos fraternos).

A la opinión de Símaco, también expuesta de que «no puede llegarse a la divinidad, tan gran misterio, por un solo camino», Prudencio contesta terminante, sin aquellas vacilaciones que caracterizaban a estos indiferentes

de su tiempo, medio paganos, medio cristianos, influidos sin duda por las doctrinas neoplatónicas,

*«sola errore caret simplex via, nescia flecti  
in diverticulum, bivius nec pluribus anceps...»*

(Sólo el camino recto, sin desviaciones ni sinuosidades, está libre de error).

Al contestar a Símaco que alababa a las vestales, Prudencio les recrimina su asistencia a los sangrientos espectáculos del circo y la complacencia que con ellos experimentan y esto le lleva a pedir al emperador en unos versos, que son tal vez lo más emocionado de todo el poema, la abolición de los combates de gladiadores:

*«podii meliore in parte sedentes  
expectant aeratam faciem quam crebra tridenti  
impacto quatiant hastilia, saucius et quam  
vulneribus patulis partem perfundat harenae,  
cum fugit et quanto vestigia sanguine signet...»*

(1109-11, II)

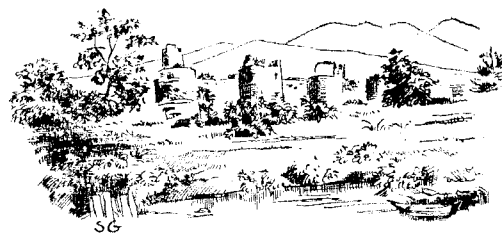
*«tu mortes miserorum hominum prohibeto litari:  
nullus in urbe cadat, cujus sit poena voluptas»*

(1125-6, II).

(Sentadas en el mejor sitio del circo — las vestales, se entiende —, miran cómo el retiario con los repetidos golpes de su tridente hiere el rostro del adversario protegido de hierro, y cómo éste huye herido dejando un reguero de sangre, que fluye de sus grandes heridas y empapa la arena del circo.) (Tú, impide la muerte de estos desgraciados: y que nadie muera en Roma para servir con su muerte de placer a los demás.)

Dos años más tarde, el 404, mientras se verificaba en el Coliseo uno de aquellos sangrientos combates de gladiadores, un monje llamado Telémaco se echó a la arena para separar a los que peleaban y fué asesinado por la muchedumbre, pero el emperador Honorio aprovechó la circunstancia para suprimirlos definitivamente y con ellos los últimos restos del paganismo moribundo.

JOAQUÍN FLORIT.



# De Patricia Romana a Mendiga Santa

Constantino ha firmado la paz. Las torres y cúpulas de las nuevas iglesias se levantan por doquier, embelleciendo las ciudades y diciendo al mundo, que las mira atónito, que aquel cristianismo que naciera en el más apartado rincón de la tierra y predicaran unos humildes pescadores, no ha muerto. Que todo el poder de la Roma Imperial, con sus Césares, su Senado, sus Circos, sus fieras, sus ríos de sangre, sus millones de mártires... se ha estrellado contra aquel hombre humilde, sencillo pescador galileo, sin letras, sin fuerzas y sin poder, que escuchó un día una voz poderosa que se lo daba todo: «*Tu es Petrus... y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*».

La paz da a la naciente Iglesia la prosperidad y pujanza exterior, pero aquellas legiones de héroes que contemplamos en los siglos anteriores triunfando en el Circo, ante el verdugo, en las profundidades de las Catacumbas, en los tormentos más terribles, ya no están allí.

La Roma pagana miró al principio con burla aquella cruz que le hablaba de la nueva religión; cuando la vió rodeada de adeptos, la miró con odio e intentó ahogarla en un mar de sangre; pero la cruz levantó sus brazos sobre esas olas de persecución y brilló el día esplendoroso de la paz. Y la Roma pagana se inclinó, como vencida, ante la cruz que triunfaba.

Aquel pueblo pagano reconoció el triunfo de la cruz, lo acató y esperó sus despóticas órdenes, a semejanza de las que dictaran los Césares y los generales triunfadores; pero la cruz hablaba de perdón y de misericordia, de caridad y de amor; y la Roma pagana dibujó en sus labios una mueca sarcástica de burla y siguió su camino de corrupción, que llegara a admirar a las mismas hordas salvajes del Norte.

Las clases altas y las clases bajas rivalizan en su estúpida incomprensión; los grupos de cristianos que viven en Roma son señalados como si se tratara de locos, y la burla y el desprecio son el pan cotidiano que alimenta la vida de los que de verdad siguen a Jesucristo.

¡Qué admirada se quedó la Roma pagana cuando vió aquel prodigio! ¡Melania, la noble matrona!...; *aquello*, en la obtusa e inmunda imaginación de aquel pueblo, era un caso insólito de locura y necedad.

Las hordas fieras de los bárbaros nortños, descolgándose de los bosques húmedos y sombríos de la Germania, caían como un ciclón sobre aquel Imperio tranquilo y confiado. Los que, como Melania, supieron seguir el camino de los primeros cristianos, derramando sus riquezas, ya que no pudieron derramar su sangre, contemplan impávidos y serenos aquella desolación que a otros hacía huir despavoridos, con el desespero en el corazón y la imprecación en los labios.

En toda época hallamos, entre la depravación de las costumbres y la maldad de los corazones — que, muchas veces, cubre una religiosidad exterior y fingida —, ejemplos sublimes de virtud que, cual antorcha luminosa, guían nuestros pasos hacia la verdadera vida.

.....

El Celio es un excelente observatorio para medir el contraste entre lo fugaz y lo eterno...

Cada casa patricia era, en el siglo IV, una ciudad en miniatura, con su hipódromo, plazas, templos, fuentes, baños... Parecía que, en pequeño espacio, estas viviendas querían reproducir las innumerables fantasías a las que se abandona, en su villa de Tívoli, la epicúrea estética del emperador Adriano. El agua de las fuentes, ma-

nando junto a las habitaciones, las salpicaba con sus frescas gotas; abundantes mosaicos, cubriendo patios o encuadrando pórticos con la abigarrada crudeza de sus colores, hacían resaltar más vivamente la blancura mate de los muros... Era un mundo en pequeño, la villa de un rico romano; se bastaba a sí misma; su afortunado propietario encontraba en ella cuanto deseaba su capricho. Hordas de esclavos, sirviendo a un noble patricio, formaban, a fines de la época romana, la población del Celio.

Una de las villas más ricas pertenecía a Valerio Máximo, Prefecto de Roma, de la gran familia de los «Valerii». Su mujer, Antonia Melania, fué madre tres veces; luego quedó viuda y, hacia noviembre de 372, Roma supo con estupor que esta poderosa matrona dejaba al cuidado de Dios y de un tutor a su hijito Valerio Publícola, único que le quedaba, y que se iba a Egipto y Palestina, para llevar vida monástica. Dios y el tutor cuidaron del niño, que se convirtió en hombre de valor y de bien. Muy joven aún, casó con Albina, perteneciente a la antigua familia «Ceionii». De este matrimonio nació un solo hijo; una niña, que vino al mundo el año 383 y a la que pusieron el nombre de Melania, como su abuela, la religiosa palestiniana. Ciertamente, no preveía su gloriosa familia ni las ruinas que acumularía, ni el nuevo género de celebridad que iba a adquirir, ni las etapas inauditas por las que esta hija de aristócratas, la mayor heredera del mundo romano, descendería a la indigencia para elevarse hacia la santidad. La fortuna que tenían entonces los Valerii desafia nuestras imaginaciones contemporáneas; no es exagerado decir que no podía cifrarse. Publícola y Albina, aunque piadosamente unidos a Cristo, no diferían, en su tren de vida, del común de las grandes familias, incluso paganas, en las que se vivía honesta y dignamente. Pero... ¿por qué dar a Cristo una parte tan restringida, tan medida?... ¿Por qué se escondían y rebajaban las almas, cuando su vida debía reflejar su fe?... Esto pensaba tristemente, en Palestina, la venerable Antonia Melania, cuando oía hablar del fausto de su hijo; y sin duda, a su vez, la pequeña Melania, en la lujosa atmósfera del Celio, experimentaba ciertas sorpresas de niña, una especie de malestar, que hubiera aplaudido su abuela. Los convenios de la opulencia con el cielo no podían adormecer la sinceridad bravía de esta pequeña cristiana que, según palabras del biógrafo, estaba «herida de amor divino, enamorada de Cristo, celosa de castidad». A pesar de esto, naturalmente, sentía ciertas delicadezas de patricia; tan tierna era su piel, que hasta los bordados de sus vestidos le dejaban, a veces, magulladuras. Cuando todo parecía predestinar a Melania una vida suntuosa y fácil, otros espectáculos y otros ecos llegaban a ella, poniendo a su alcance maravillosas lecciones de desprendimiento.

Pero Publícola y Albina querían que la pequeña Melania, futura heredera de sus riquezas, fuera esposa y madre; era preciso asegurar la duración de tan espléndido patrimonio. ¡Silencio, pues, a las aspiraciones de Melania!... Tenía, a lo más, 14 años, cuando decidieron darla en matrimonio a un joven de 17, llamado Piniano, de su mismo linaje, pues pertenecía a otra rama de la gran «Gens Valerii». Tenía gran fortuna, y el esplendor que le rodeaba no había alterado ni sus costumbres, ni su piedad; cristianos distinguidos como Publícola y Albina, no podían soñar yerno mejor. Y cuando Melania puso en la de Piniano su mano fina y dócil, los padres, satisfechos, entrando en su lujoso oratorio, dieron gracias a la Providencia de que se cumpliera su voluntad, que no era la de Dios. Pero Dios perdona este género de acciones de gracias, más frecuentes de lo que parece, y que serían irónicas e irrespetuosas, si los hombres supieran lo que hacen. Los dichosos padres instalaron a la joven pareja en la villa del Celio. La desposada, llamada enseguida a parte a su marido y le dijo: «Si quieres vivir castamente conmigo, según las leyes de la continencia, yo te reconozco como amo y señor de mi vida; si esto te pesa por tu ju-

ventud, toma todos mis bienes, pero da a mi cuerpo su libertad, para que cumpla su deseo, que es según Dios». Pero Piniano respondió: «Soporta que tengamos dos hijos, para la transmisión de nuestros bienes; y entonces, con la voluntad de Dios, renunciaremos los dos al mundo».

Nobleza y riqueza obligaban: Melania, noble y rica, no debía consentir que los inmensos bienes de los Valerii quedaran sin sucesión. Tuvieron una niña que pronto murió, y cuando llegaba, por fin, el vástago tan deseado, Melania estaba gravísima. Piniano fué a la Basílica de San Lorenzo, a pedir la vida de su esposa. Allí ofreció al Señor vivir en adelante como hermanos, y sus plegarias fueron oídas. El niño murió, pero Melania estaba curada. «Vuestra esposa, vuestra compañera antes, según la carne, es al presente según el espíritu; en adelante, será vuestra hermana, no ya esposa». Estas palabras de San Jerónimo pueden aplicarse a Piniano y Melania definiendo maravillosamente el nuevo espíritu de este matrimonio santificado. Tenía Melania unos 21 años. El vestir cambió también en ellos para que, exteriormente, se vieran sus aspiraciones de perfección.

«Escucha, hija mía, y ve, inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el rey deseará tu hermosura». Parece que el salmista les dictaba la conducta a seguir; olvidaron el aristocrático Celio, retirándose a sus tierras de la campiña romana, para concertar con recogimiento su nueva vida. «Con todas estas posesiones no podemos llevar el yugo de Cristo. Dejemos los bienes percederos, para ganar a Cristo, que es eterno», dijo Melania y Piniano asintió. Iban a volverse pobres... «¡Pobreza querida, pobreza de Cristo, tú das los tesoros del cielo a los que despojas de bienes de la tierra...!» Grande fué su lucha con el Senado, que no consentía esta ruina voluntaria; pero, poco a poco, consiguieron ir liquidando

su enorme fortuna; tan enorme, que en tres años no lograron empobrecerse. Libertaron a sus esclavos y, acompañados de los que querían seguirles para consagrarse con ellos al Señor, huyeron de Roma, a la sazón en llamas — atacada por Alarico —, para refugiarse en Africa, donde empezaron sus fundaciones monásticas, ayudados por San Agustín. En 417, después de trece años de esfuerzos, Melania y Piniano conocían al fin la miseria. Y dejaron Africa, encaminándose a Palestina para vivir pobres, donde Jesús fué pobre. Allí fundó Melania nuevos monasterios, dando heroicos ejemplos de caridad, particularmente a sus religiosas, muchas de ellas antiguas esclavas suyas. En 432 murió Piniano, y Melania, viuda, vivió cuatro años reclusa en el más riguroso ayuno y oración. Luego se entregó de nuevo a su vida apostólica, alcanzando grandes conversiones. Por fin llegó el momento de la muerte, que ella ya conocía; y, dulcemente, pareciendo estar rodeada de ángeles, entregó su alma al Señor. La túnica que le dieron los santos ermitaños, cubrió su macerado cuerpo, pues creyéndose siempre indigna, quiso esperar a que su alma estuviera en el cielo para vestir en la tierra esos trofeos de santidad.

.....

Después de tantos siglos de silencio, el heroísmo de esta mujer es tan elocuente para nuestra época como lo fué en su tiempo para los romanos; y en la hora en que resucita, el momento en que de nuevo habla, otros conflictos de codicias, más ásperas que nunca, dividen contra sí misma a la sociedad; y el espíritu cristiano de desprendimiento, elevándose sobre estos conflictos, aparece como único capaz de realizar la verdadera paz fundada sobre la justicia.

MARÍA DEL CARMEN GARCÍA-DIE

### EL APOSTOL SAN JUAN,

el discípulo muy amado del Salvador, decía en su primera epístola: "Hijos míos, como lo habeis oído decir, el Anticristo viene y ya está en el mundo; hay ahora ya en él muchos anticristos. Han salido de nosotros, pero no eran de nosotros. El que niega que Jesús sea el Cristo, ese es un anticristo; niega al Padre y al Hijo. Quien no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, ese es un anticristo. En cuanto a nosotros, sabemos que el Hijo de Dios ha venido, nos ha dado la inteligencia para conocer al Dios verdadero. Y nosotros estamos en lo verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna". (C Jo. II 18-25).

En estas palabras, con la fe inmutable de los cristianos, San Juan señala también el carácter del anticristo y de sus precursores, que consistía en negar, ya la eterna divinidad de Cristo, ya la realidad de su encarnación. Así los ebionitas, que hacían de él un puro hombre; los docetas, que no le atribuían sino una encarnación aparente; las diferentes clases de gnósticos, que hacían de él una especie de aborto de Dios.

Estos herejes se separan de la Iglesia; pero una nueva herejía, tomando el fondo de todos sus errores, iba a tratar de implantarlos en la Iglesia misma. Ella había de ser como la vanguardia del anticristo, que intentaría desde entonces sentarse en el templo de Dios. La guerra iba a hacerse no directamente contra el Eterno, como antes bajo los perseguidores idólatras, sino contra su Cristo; y esa guerra duraría igualmente tres siglos, bajo el nombre de **arrianismo**.



ROHRBACHER

# LA «PEREGRINATIO AD LOCA SANCTA» DE LA VIRGEN ESPAÑOLA ETERIA

## 1. PERSONALIDAD DE LA AUTORA

A fines del siglo IV tuvo lugar un verdadero acontecimiento para conocer la vida de la Iglesia primitiva; nos referimos a la relación que hizo de su viaje la virgen Eteria.

Después de muchos titubeos y vacilaciones sobre la posible tierra natal de esta piadosa mujer, la crítica histórica demostró, por obra del P. Ferotín, que la ilustre viajera era «del extremo de Occidente», o sea Galicia, y llegó a esta conclusión por haber observado que era a ella a quien se refería San Valerio, monje español del siglo VIII, en una carta a los monjes del Bierzo. En esta carta el santo asturiano se entusiasmó con la *irrevocabilis audacia* de Eteria, con palabras como las siguientes: «¿Cómo vosotros, hermanos de la piel tensa, de fuerzas corporales y de integridad de salud, cómo no os avergonzáis ante esta mujer que siguió el santo ejemplo de Abrahán, dando a la frágil feminidad de su sexo la fortaleza del hierro, y todo esto para conseguir el premio sempiterno de la otra vida?» (1).

Sabemos también que su estado era religioso (*sanc-timonialis*); antes se había pretendido que fuera una *abbatissa*, pero parece que este término, en los documentos más antiguos, es sinónimo de «religioso». Finalmente, consta, porque ella misma nos lo dice, que escribió su relación para ilustrar y enfervorizar a sus hermanas en religión. A ellas se dirige con calificativos muy afectuosos, como son: «mis hermanas venerables», *lumen meum*, etc.

En verdad resulta intrigante su peregrinación: Eteria viajaba a cuerpo de príncipe; los obispos salían a hacerle la solemne recepción e incluso a acompañarla en sus piadosas excursiones. Los monjes hacían todo lo posible para complacerla y para guiarla por aquellas tierras y cuando se despedían de ella, le ofrecían *eulogias* de los frutos del jardín de San Juan o de otros rincones fértiles. Los mismos ancianos llegaban a caminar millas y millas para gozar más de su compañía; en los parajes temibles por los bandidos, Eteria tenía a su disposición una escolta de soldados romanos.

Realmente estos hechos parecen desorientar; por ellos seguramente, y también por testimonios textuales y documentales, se había creído que se trataba de una alta dignidad religiosa. Pero estos mismos hechos podemos reducirlos a una redundancia en el habla, a un alto grado de simpatía personal, a la propia caridad cristiana, ingenua y sin las mixtificaciones que ahora nos dificultan su comprensión. Porque, «a pesar de todo este esplendor de su viaje, Eteria nos da la impresión de una turista atrevida con la Biblia por Baedeker y con cicerones episcopales». Hasta San Jerónimo, desde Belén, se dió cuenta del barullo a que dieron origen las excursiones de la virgen gallega, e hizo unas advertencias como para frenar en algo la impetuosa de la peregrina.

## 2. LAS PEREGRINACIONES

Nuestro deseo sería que quedara sentado, con el ejemplo de la *Peregrinatio ad loca sancta* de Eteria, el hecho de las peregrinaciones, ya en el tiempo de la Iglesia primitiva. La existencia de las peregrinaciones es fundamental en la Iglesia, es manifestación de su catolicidad.

Dos hechos justifican la mayor frecuencia de las peregrinaciones, y aun su extraordinaria extensión en el camino a seguir: la propia escasez de comunicaciones y de noticias fieles de distintas regiones, que era un poderoso estímulo para dirigirse a ellas personalmente, y el

ser muy recientes, e incluso contemporáneos, los motivos de las peregrinaciones: el sepulcro de unos mártires, la vida eremítica de los santos que se retiraban a la soledad para vivir en penitencia, etc.

Pero, naturalmente, Tierra Santa, con el encanto de los mil detalles de la reciente vida pública de Jesús, y de un modo especial los recuerdos de su Pasión dolorosísima, fué siempre, con Roma, el centro adonde se dirigieron todos los espíritus cristianos.

Tal incremento tomaron en seguida las peregrinaciones a la tierra de Jesús, que en el año 333 ya se había redactado, para el uso de los peregrinos de la Galia, el Itinerario conocido por el nombre de *Itinerario de Burdeos a Jerusalén*, el cual indicaba el camino a seguir para ir de Burdeos a Constantinopla por vía terrestre, y después atravesaba el Asia Menor. Este Itinerario, por la parte de Palestina, es el que siguió Eteria.

La importancia que tuvieron más tarde las peregrinaciones en la Edad Media, no es ahora la ocasión de ponerla de relieve; pero es evidente que debió ser fundamental por el intercambio de niveles de vida y de conceptos de las cosas que representaba. Recordemos, ni que sea por un momento, que, en la Península Ibérica, el camino de Santiago representa uno de los exponentes de la intrusión de la cultura francesa, y esto, que viene acompañado de otros hechos históricos (por ejemplo, enlaces matrimoniales con casas francesas), es casi la causa exclusiva del intercambio cultural de aquello que no sale del marco popular, como son los cantares de gesta y toda la literatura juglaresca, cuya pista se mueve en los ámbitos de los caminos que seguían los peregrinos — y con ellos los juglares — hacia Santiago.

Pues bien, si tanta importancia, desde el punto de vista de la historia cultural, se ha concedido a estos hechos y relaciones, imaginemos, ni que sea de paso, lo que representarían estas peregrinaciones cuando relacionaban dos mundos tan distintos como el Occidente y el Oriente, pero unidos los dos por la misma fe cristiana que era el único incentivo de tales viajes.

De todas formas, y a pesar de que debieron tener tal importancia (a juzgar por el mismo *Itinerario de Burdeos a Jerusalén* del que ya ha quedado hecha mención), en los primeros siglos de la Iglesia no quedaron testimonios textuales importantes de estas peregrinaciones, sea porque no se escribieran, sea porque no se hayan conservado hasta nosotros.

Y es precisamente esta escasez de fuentes escritas la que da mayor trascendencia a la conservación, aunque sea mutilada, de la *Peregrinatio ad loca sancta*.

## 3. IMPORTANCIA DE LA «PEREGRINATIO»

En efecto, por la conservación de este texto, sabemos con muchos detalles (todo el contexto nos indica con qué profusión y lujo de detalles escribía Eteria), algunos aspectos fundamentales de la vida litúrgica de la Iglesia primitiva en la Tierra del Señor; y tener noticias de la vida litúrgica es tenerlas de la misma vida de la Iglesia. De manera que la «*Peregrinatio*» ofrece mucho material, con gran minuciosidad de pormenores, referentes a las ceremonias y oficios de cada día, a las principales fiestas del año eclesiástico (es de notar la altura a que llegan sus descripciones de los Días Santos, vividos en los mismos lugares donde se desarrollaron los actos del gran Drama místico de la Pasión del Salvador), etc. Y todo esto en una época en la cual los demás escritores no nos hablan de estas cosas, o no pasan de darnos algunas informaciones de un tono vago e incompleto.

De todas formas, este copioso material, por sus parajes oscuros o difusos, necesitaba una selección de los datos concretos que se encuentran esparcidos a lo largo del texto, sin cuya selección era casi imposible la con-

(1) Manuel Trems. «La Setmana Santa a Jerusalén en el segle IV», en «Vida Cristiana», 40 23, 1917.



sulta con provecho de un texto tan importante. Esto lo debemos al insigne historiador y liturgista Dom Fernand Cabrol, O. S. B., que, con su magnífico trabajo sobre la *Peregrinatio*, puso al alcance de todo el mundo las informaciones que sobre la vida cristiana en la Jerusalén del siglo IV nos había dado la peregrina Etería (2).

Pero es que aun es mayor la trascendencia de la *Peregrinatio*: siendo este texto de fines del siglo IV, tiene ya por sí una importancia incalculable, porque en el siglo IV, gracias a Constantino, la liturgia experimentó una solemne transfiguración. Las comunidades cristianas, hasta entonces normalmente privadas y secretas, se convirtieron en públicas y gloriosas dentro de las nuevas basílicas, instituyéndose, según las circunstancias, procesiones, cantos y oficios distintos. En lo pletórico de esta hora, Etería, con providencial oportunidad, nos describe la liturgia de Jerusalén, y así nosotros la podemos sorprender en el momento en que va estructurándose, cuando aun es dulce de espontaneidad y vehemente de sensación, aumentada hasta hacer llorar por la misma topografía de los Santos Lugares.

Toda la liturgia jerosolimitana, tan íntimamente local, había de surgir profundamente emocionante de aquellos mismos lugares que había santificado la presencia de Jesús. Pero su fuerza emotiva al contacto de aquella santa topografía había de tener un trágico esplendor en la Semana Santa. Por el testimonio de Etería vemos que realmente era así. Toda la Pasión del Señor, con todo su horror, queda proyectada en los ojos de los fieles, que por ello seguirán paso a paso todo el camino de amargura que siguió el Redentor (3).

Pero es que la *Peregrinatio* no sólo nos interesa por lo que nos dice sobre la liturgia del siglo IV; es también fundamental para la topografía eclesiástica de Jerusalén, porque nos permite establecer el verdadero emplazamiento de los principales edificios sagrados de esta época, y, así, rectifica mucho de lo que a veces por meras conjeturas, habían determinado los más eruditos arqueólogos.

Finalmente, en otros aspectos tiene su importancia la relación de la peregrina Etería, aspectos que sólo a título de simple referencia se recogen aquí: Todo lo referente a fecha, autor, transmisión del texto, etc. También es útil conocer los viajes de Etería, cuya descripción ocupa, en el texto de la *Peregrinatio*, una parte igual a la que relata la vida litúrgica y cristiana de Jerusalén; los viajes que efectuó Etería, que constituirían una fuente para diversos estudios, fueron: al monte Sinaí y a la tierra de Jessé; al monte Nebo y a la Idumea, y a Mesopotamia y Asia Menor, con el regreso a Constantinopla. Después de explicar muy detalladamente todos sus viajes, empieza la descripción de la liturgia de Jerusalén.

#### 4. LA VIDA LITÚRGICA EN JERUSALÉN

Aunque la liturgia jerosolimitana pertenece al llamado *tipo Siriaco*, no obstante tiene unos caracteres muy particulares que le dan una fisonomía propia.

El primer oficio del cual Etería hace mención, es el de las *vigilias*, que se parece a la actual hora de *maitines*. Dice Etería que los que quieren asistir al oficio se reúnen en la basílica, donde esperan que se abra la *Anastasia* (iglesia en la cual se celebran casi todas las vigilias del año). Monjes y vírgenes son los únicos obligados a asistir, pero un cierto número de legos de buena voluntad, hombres y mujeres, les acompañan. Nos interesa destacar la afirmación que nos hace Etería de que los simples fieles son suficientemente instruidos, en las catequesis, para poder seguir y comprender las lecturas de los libros santos en la liturgia. Los oficios no parecen obligatorios para todos los fieles más que los domingos y nestas.

Nos habla también Etería de los *hymni matutinales*, que corresponden a nuestros *laudes*. Es curiosa la participación que en el oficio tenía en ciertos momentos el pueblo, especialmente los niños.

No se conocían, en la época de la *Peregrinatio*, las horas de *prima* y *tertia*. Así, seguía ya la oblación y el sacrificio; éstos, empero, sólo tenían lugar los domingos, las fiestas de los mártires, los miércoles y viernes de cada semana, y, durante la cuaresma, los sábados.

Después de *sexta* y *nona* tenía lugar la reunión del *lucernario*, precedente de las visperas, que ya se celebró, desde el principio, con una solemnidad extraordinaria; esta hora, entonces, integraba todavía lo que después fué hora de *completus*.

El Domingo, como es de suponer, el oficio era distinto del de los otros días, puesto que representaba la reunión de todo el pueblo fiel. Es interesante notar que todos los Domingos se leía, del Evangelio, el fragmento de la Resurrección del Señor; dice la propia Etería: «Entonces, ante la lectura de todo lo que el Señor ha sufrido por nosotros, la multitud de fieles que siente tal dolor, que incluso los más insensibles no pueden menos que prorrumpir en lamentos y derramar abundantes lágrimas.»

La antigua *synaxis* litúrgica, equivalente a la primera parte de la Misa (*Misa de los Catecúmenos*), se efectuaba como en todas partes. Sigue después la *Misa de los fieles*, con la Comunión y acción de gracias, y termina con la bendición de los fieles por el Obispo.

Las distintas fiestas del año litúrgico tenían su ceremonial apropiado, del que ahora no diremos nada, y así nos quedará tal vez la posibilidad de referirnos a ellas en otras ocasiones.

#### 5. OTROS ASPECTOS DE LA VIDA EN JERUSALÉN

Es interesante recoger lo que nos dice Etería de la práctica del ayuno, ya que éste fué establecido por el Concilio de Nicea (325). En efecto, en Jerusalén, a fines del siglo IV, se conocían distintas clases de ayunos. En primer lugar, el de Cuaresma, que se extendía a todos los días, excepto los sábados y domingos, que en Oriente siempre fueron libres de ayunos.

Quedan otros casos especiales, que no eran para todo el mundo; por ejemplo, los *semaneros* que, durante la Cuaresma, se abstienen de todo alimento durante la semana entera; tomaban el domingo su única comida después de la comunión, hacia las once, y ayunaban hasta el sábado, y aun, este mismo día no rompían el ayuno sino con una única comida, después de la comunión, como el domingo. También se mencionan los *apotactitas*, hombres o mujeres, los cuales sólo comían una vez al día durante todo el año. Los que no podían ayunar una semana entera, como los *semaneros*, hacían el ayuno de media semana, comiendo el jueves. Etería observa que todo descansaba en la buena voluntad: «*unusquisque ut potest facit*».

Aun trata la peregrina Etería de otros puntos de mucha importancia en la vida de los cristianos del siglo IV. Por ejemplo, de la organización de las catequesis y los grados de instrucción de los que esperaban ser cristianos y que, para ello, se formaban en la ciencia y en la virtud.

Como conclusión a esta rápida visión sobre la *Peregrinatio* y algo de lo que en ella se nos cuenta, destacaremos la singular influencia que ejercía la liturgia sobre los fieles de Jerusalén. Parece que se asista a un dogma viviente cuyos espectadores siguen todas sus fases con un interés sostenido y aun *in crescendo*, que llega a veces a un alto grado emocional. Los fieles tomaban parte en las ceremonias que colocan la vida y la muerte del Salvador en los mismos lugares que fueron sus testigos; comprenden con suma facilidad su sentido, porque todos estos ritos se dirigen a la vez a los ojos y al corazón. ¿Qué diferencia para los espíritus selectos del siglo presente, que viven tan lejos de aquellos divinos acontecimientos que, al fin y al cabo, fueron causa de la salvación de todo el linaje humano!

ANTONIO BADÍA MARGARIT

Licenciado en Filología moderna

(2) Dom Fernand Cabrol: "Les églises de Jérusalem". (Étude sur la *Peregrinatio Silvae*). "La discipline et la liturgie au IV siècle". Paris, H. Ondin, 1895.

(3) Manuel Trens, loc. cit. p. 197.



# Las dos ciudades de San Agustín

## Una teología de la historia

**H**an aparecido ya varios artículos en CRISTIANDAD sobre la posibilidad y contenido de una "Teología de la Historia". Ello sugiere inmediatamente un nombre: San Agustín, y un título: "De Civitate Dei".

CRISTIANDAD se honra hoy ofreciendo a sus lectores un artículo sobre este tema, debido a la elegante pluma del joven Catedrático de Filosofía Don Luis Rey Altuna, que viene dedicando al estudio de San Agustín gran parte de su esfuerzo.

Nuevos problemas, nuevas ideas, orden nuevo. «Orden nuevo» ha llamado Pío XII desde su alocución navideña de 1940, a la paz social, justa y estable, que ha de conseguirse, según el pensamiento del Pontífice, merced a la quintuple victoria sobre el odio, sobre la desconfianza en el orden internacional, sobre el principio utilitarista, sobre los gérmenes de conflictos nacidos de la economía y sobre el espíritu de frío egoísmo.

Y el grito del Papa, la primera víctima espiritual de la guerra, se ve reforzado por los lamentos de millones de seres humanos que, desde la ruina de sus bienes, cuerpos y amores, vuelven los ojos a Roma, alcázar de la espiritualidad.

Si un clamor semejante ha podido agudizarse en la actual contienda, es porque traía de lejos rumores de gemido. Ya hace más de medio siglo, la cultura europea, ahita de materialismo estéril, se había echado en brazos de una filosofía «espiritualista» a menudo sectaria. En realidad, el materialismo teórico está superado, por más que suframos todavía el latigazo de sus consecuencias prácticas. Y es muy elocuente, en este sentido, que uno de los filósofos más representativos del momento actual, Max Scheler, reclamara no ha mucho, pese a su heterodoxia, la vuelta a San Agustín.

Implantación del orden nuevo, que dice hoy Pío XII; vuelta a San Agustín, como exclamaba Scheler; vuelta a la espiritualidad, que acabamos de escribir nosotros, todo responde a una misma necesidad vital e ideológica de nuestros tiempos, en flagrante paralelismo con aquel trágico fin de una edad histórica, que contemplaron los ojos atónitos del Obispo de Hipona.

\* \* \*

El 24 de agosto del año 410 penetraba Alarico, por la vía Salaria, en Roma, y durante tres días ignoró el general godo los asoladores pasos de sus bárbaros en la ciudad. «Cosas horrendas nos han sido contadas — decía Agustín a los fieles en uno de sus sermones (1) —: ruinas, incendios, rapiñas, muertes, torturas, deshonras. Mil veces nos las han contado y otras tantas las hemos lamentado y llorado, y todavía no nos podemos convencer y consolar de ellas».

Menos se explicaban los paganos que Roma, cabeza del mundo civilizado y templo de todas las divinidades, hubiera conocido la ruina y profanación, y se avivaron los viejos odios contra los cristianos, a quienes se acusó

(1) ML, vol. XL, col. 718.

de haber provocado la ira divina con la demolición de los dioses tutelares.

San Agustín, entonces, «inflamado por el celo de la casa de Dios», como refiere él mismo, se lanza valientemente a la palestra y rebate para siempre tales errores, a lo largo de los veintidós libros de *La Ciudad de Dios* (2). En ellos — publicación laboriosa de trece años (413-426) — ha realizado el hiponense la mejor apología del Cristianismo (diez primeros libros) y una filosofía de la historia que resulta ya teología, desde el punto de vista cristiano (doce libros restantes). La forma artística que, por lo demás, reviste la obra, sobre todo en los momentos culminantes, le ha valido la consideración de primer poema de la humanidad en relación con su origen y su fin.

\* \* \*

El título *De civitate Dei*, «la ciudad de Dios», está inspirado en diversos pasajes bíblicos alusivos a Jerusalén, y acaso también un poco, por contraste, en la *civitas romana*, que, bajo el nombre de Ciudad terrena, opondrá San Agustín a la Ciudad divina. Como él propio sugiere en las *Retractationes*, esta obra debiera llamarse, en rigor, de las dos ciudades (3), en cuya contraposición radica de hecho lo más patético y profundo de su filosofía. Y no olvidemos que ha de entenderse aquí la Ciudad en un sentido moral más bien que político. «Dos sociedades o congregaciones de hombres, de las cuales la una está destinada para reinar eternamente con Dios, y la otra para padecer eterno tormento con el demonio» (4).

Pero, ¿nada tienen que ver esas dos ciudades del espíritu con las ciudades o sociedades visibles que se alzan sobre la tierra?

En realidad, la caída estruendosa de la *civitas romana* ha impulsado a Agustín a teorizar sobre la ciudad. El Imperio romano y la Iglesia eran, al fin, como dos ciudades que en aquellos aciagos días pasaban por un trance que parecía comprometer su existencia misma.

La Iglesia de Cristo no podía sucumbir. Roma, en cambio, uno de los pueblos más grandes, se viene ruinosamente a tierra, a las primeras pisadas del invasor.

Y ahora pregunta Agustín: «¿Será acaso la fatalidad quien rige el destino de los pueblos? No — responde con resolución —. De la Providencia del Dios verdadero ha dependido, en todo caso, la suerte del Imperio romano, al que concedió tantos siglos de grandeza en recompensa

(2) *Retractationes*, 1, II, c. 43.

(3) *Ibid.*

(4) *De civitate Dei*, 1, XV, c. 1.

sa de sus virtudes naturales y al que después castiga por sus corrompidas costumbres» (libros I-V).

El sentido providencialista de la historia queda, pues, fijado de una vez para siempre, en las primeras páginas de *La Ciudad de Dios*. No hay hado, no hay casualidad o determinismo ciego al que vayan unidos los acontecimientos humanos. El hado, a fuerza de querer explicarlo todo, nada explica. Y a golpes del genio filosófico de San Agustín, van derrumbándose las diversas teologías paganas, desde la *fabulosa, civil y natural* de Varrón (libros VI-IX), hasta las que «se aproximan más a la verdad», de los neoplatónicos (libro X).

He aquí lo negativo de *La Ciudad de Dios*: historia política de la época, planteamiento del problema filosófico y crítica de las soluciones paganas.

¿Quién no ve los notables puntos de contacto de este panorama con el que hoy presenta la humanidad? Si la historia no se repite literalmente, al menos reproduce coyunturas de un parecido extraño. Donde Agustín escribe Imperio romano, pongamos Civilización europea; donde paganismo, comunismo ateo, y podremos traducir en lenguaje y pensamiento del siglo XX una obra escrita en el V.

\* \* \*

Pensamiento, sobre todo. Porque lo genial, lo eterno, lo invariable en el fondo y en la forma es la teoría filosófica positiva de *La Ciudad de Dios*, lo que hemos dado en llamar *una teología de la historia*.

La humanidad, desdoblada en dos ciudades o concepciones del universo, camina bajo los auspicios de la Providencia divina hacia su eterno destino. Este dualismo, que explica el sentido de la historia, no ha de confundirse con el maniqueísmo agustiniano, anterior a la conversión. La ciudad de Dios y la ciudad del mundo, ambas a dos son obra divina en cuanto de positivo implíquen. Aquel poderoso principio del mal que en las *Confesiones* llamó Agustín *Dyas* (5), se ha visto despojado de todo contenido óntico por la filosofía de la postconversión, que identifica el mal con la privación del bien (6).

San Agustín divide en tres grandes etapas la marcha de las dos ciudades por el tiempo hacia la eternidad. Origen (lib. XI-XIV), progreso (lib. XV-XVIII) y fin (lib. XIX-XXII).

\* \* \*

Las dos ciudades son tan antiguas como la existencia de las primeras criaturas: los ángeles. Una prueba y una caída. Ya tenemos el preludio de la divergencia en la vida de los espíritus, determinada por la fidelidad o infidelidad al Criador.

Las ciudades de Dios y del mundo se bifurcan en la cuna misma de la humanidad, cuando nuestros primeros padres recogen el cadáver de un hijo muerto a manos de un hijo fratricida. Pero la bifurcación humana no es tan radical como la angélica, por más que los ángeles y demonios intervengan de alguna manera en nuestras propias ciudades. Todo hombre, individualmente considerado, lleva dentro de sí una participación de las dos ciudades, de la misma manera que el pueblo cristiano puede contaminarse a veces con los errores del paganismo.

Y ahora cabría preguntar: ¿Cuál es el principio, móvil y distintivo, a la vez, de las dos ciudades? En filosofía agustiniana no hay lugar a duda: el amor, ley y centro de la vida de los hombres. «Dos amores hicieron dos ciudades: el amor de Dios, llevado hasta el despre-

cio de sí mismo, dió origen a la Ciudad de Dios; el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, a la Ciudad terrena» (7).

\* \* \*

Impulsadas por esos dos amores, echan a andar las dos ciudades por el mundo, y podemos reconocerlas bajo la forma de ciertas instituciones o pueblos históricos. La Ciudad de Dios, en el pueblo de Israel y en la Iglesia fundada por Jesucristo. La Ciudad del mundo, en los grandes imperios gentiles, que se alzaron y cayeron con tanto mayor estruendo cuanto mayor fué la altura a que se empinaron.

Así, con varia fortuna, han caminado las dos ciudades al rodar de los siglos hasta los días turbulentos de San Agustín, y desde San Agustín a nosotros, mezclándose en la lucha y buscando, cada una a su manera, la paz y felicidad.

«La terrena — concluye el libro XVIII — se hizo para sí sus dioses falsos, fabricándolos como quiso, tomándolos de cualquier parte, o también entre los hombres, para tener a quien servir y adorar con sus sacrificios; pero la otra, que es celestial y peregrina en la tierra, no hace falsos dioses, sino que a ella misma la hace y forma el verdadero Dios, cuyo sacrificio verdadero ella se hace. Con todo, en la tierra, ambas gozan juntamente los males con diferente fe, con diferente esperanza, con diferente amor; hasta que el juicio final las distinga, y consiga cada una su fin respectivo, que no ha de tener fin» (8).

\* \* \*

¿Cuál es, en conclusión, ese fin sin fin, en el que ha de desembocar la corriente humana de cada una de las ciudades?

Refiriéndose Agustín, en primer lugar, a la Ciudad de Dios, demuestra que su fin tiene que ser ultraterreno. En efecto: el placer y la quietud, fines supremos de la moral hedonista y estoica, respectivamente, no pueden darse en esta vida. Insiste el hiponense en rebatir las llamadas paradojas del sabio estoico, porque ni su cuerpo está libre de enfermedades y privaciones, ni su alma encuentra llevadera la práctica de la virtud (9). No existe, por tanto, la felicidad sobre la tierra.

Y sin embargo, el hombre, envuelto como está en trabajos, errores, enemistades y guerras (10), aspira a la paz verdadera y felicidad perfecta.

«El fin de nuestros bienes — escribe el santo — es la paz, como dijimos que lo era la vida eterna» (11). Una paz que ponga fin a las batallas de esta peregrinación, en una vida eterna y tranquila.

La paz constituye, en realidad, la más íntima de nuestras aspiraciones en todos los órdenes y coyunturas de la vida. Hasta el punto, observa agudamente Agustín, que los mismos que apetecen la guerra no lo hacen sino para, «guerreando, llegar a una gloriosa paz», toda vez que «la paz es el deseado fin de la guerra, porque todos los hombres, aun con la guerra, buscan la paz, pero ninguno con la paz busca la guerra» (12).

San Agustín se ha convertido, en este momento, en el cantor más entusiasta de la paz universal.

«La paz del cuerpo — escribe — es la ordenada disposición y templanza de los miembros. La paz del alma

(7) *De civ. Dei*, 1. XIV, c. 38.

(8) *De civ. Dei*, 1. XVIII, c. 54.

(9) *De civ. Dei*, 1. XIX cc. 1-4.

(10) *De civ. Dei*, 1. XIX cc. 5-7.

(11) *De civ. Dei*, 1. XIX c. 11.

(12) *De civ. Dei*, 1. XIX c. 12.

(5) *Confesiones*, 1. IV, c. 15.

(6) *De doctrina christiana*, 1. I, c. XXXII, n. 35.

irracional, la ordenada quietud de sus apetitos. La paz del alma racional, la ordenada conformidad y armonía entre el entendimiento y la voluntad. La paz del cuerpo y del alma, la vida metódica y la salud del viviente. La paz del hombre mortal y de Dios inmortal, la concorde obediencia en la fe, bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la ordenada concordia. La paz en la casa, la uniformidad que tienen en mandar y obedecer los que viven juntos. La paz en la ciudad, la ordenada concordia que tienen los ciudadanos en mandar y obedecer. La paz de la ciudad celestial es la ordenadísima sociedad establecida para gozar de Dios y unos de otros en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden, y el orden es una disposición de cosas iguales y desiguales que da a cada una su propio lugar» (13).

Ya se echa de ver que la paz individual y social que al hombre compete como ser inteligente y libre, consiste en la sumisión a la ley eterna del divino Ordenador. Dos son los principales preceptos que El nos impone a los hombres: amor a Dios y amor al prójimo por Dios. El amor, principio dinámico de la Ciudad de Dios, ha de saber repartirse, debidamente jerarquizado, entre la esposa, los hijos, los domésticos y todos los demás hombres.

Sólo así podrá conseguirse aquella paz social de la Ciudad celeste, aun cuando camine en peregrinación sobre la tierra (14). Paz que no ha de confundirse con

(13) *De civ. Dei*, I, XIX, c. 13.

(14) *De civ. Dei*, I, XIX, c. 14.

aquella otra de la Ciudad terrena, cerrada exclusivamente en la vida temporal, sino que aspira a la vida eterna, donde concluirá la Ciudad de Dios, como la Ciudad del mundo en la muerte eterna (15).

En los tres últimos capítulos de su teología de la historia, traza Agustín con fuertes pinceladas el cuadro luminoso y sombrío de la escatología cristiana. El Juicio final, resolviéndose en Infierno para los malos y en Cielo para los buenos, pone fin a la penosa peregrinación de la historia por los caminos del tiempo.

\* \* \*

Nuestro espíritu descansa en la unidad concluida de este poema teórica en el que se realiza, de la manera más egregia, el esplendor del orden que condiciona toda belleza.

Belleza, paz, esperanza de felicidad. ¿Qué otros sentimientos inspiraron las últimas palabras de San Agustín, dichas dulcemente en el fragor de una cultura secular? «Allí descansaremos y veremos, veremos y amaremos, amaremos y alabaremos. Ved lo que haremos al fin sin fin; porque ¿cuál es nuestro fin, sino llegar a la posesión del Reino que no tiene fin?» (16).

LUIS REY ALTUNA.

(15) *De civ. Dei*, I, XIX, cc. 17, 28.

(16) *De civ. Dei*, I, XXII, c. 30.

## TEODOSIO EL GRANDE

### DE LA ORACIÓN FÚNEBRE DE SAN AMBROSIO



¡He amado al hombre misericordioso y humilde sobre el trono, al hombre de corazón puro y lleno de mansedumbre! ¡He amado al hombre que gustaba más de ser reprendido que adulado; que lloró públicamente en la Iglesia un pecado que otros le habían hecho cometer con artificio; que lo ha llorado todos los días de su vida! ¿Qué más diré? Acababa de obtener una brillante victoria; sin embargo, porque habían quedado sobre el campo de batalla soldados enemigos, se abstiene de la participación de los Santos Misterios hasta que Dios le ha manifestado su benevolencia por la llegada de sus hijos. ¡He amado al hombre que reclamaba mi asistencia al exhalar el último suspiro! ¡He amado al hombre que en este momento formidable se preocupaba más por el estado de las Iglesias que por su propio peligro! ¡Sí, he amado a este hombre y por lo mismo le lloro desde el fondo de mis entrañas! ¡He amado a este hombre y por lo mismo no le abandonaré hasta que con mis llantos y oraciones no le haya introducido adonde le llaman sus méritos, sobre la montaña santa del Señor, en la verdadera tierra de los vivos!

## HISTORIA DE UN HIMNO DEL SIGLO V:

## EL "TE DEUM LAUDAMUS"

## I

Comienza el himno con una acción de gracias por la paz alcanzada bajo Constantino. La Iglesia saluda el triunfo alcanzado con los primeros emperadores cristianos:

*TE DEUM LAUDAMUS: TE DOMINUM CONFITEMUR.*

*Te Aeternum Patrem, omnis terra veneratur.  
Tibi omnes Angeli, Tibi Caeli et universae potestates:  
Tibi Cherubim et Seraphim, incessabili voce proclamant.*

*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth.  
Pleni sunt caeli et terra maiestatis Glorae tuae.  
Te gloriosus Apostolorum Chorus, te Prophetarum  
laudabilis numerus,*

*Te Martyrum candidatus laudat exercitus.*

*Te per orbem terrarum, Sancta confitetur Ecclesia,*

*Patrem, immensae maiestatis;*

*Venerandum tuum verum, et unicum Filium;*

*Sanctum quoque Paraclitum Spiritum.*

Comenzaba el 312. La «pax romana», turbada incesantemente desde los días de la abdicación de Diocleciano, Ilírico, se agitaba de nuevo. El Tíber, río sagrado, fué el escenario del último encuentro entre los presuntos herederos de la tetrarquía. Allí se encontraron Magencio y Constantino. Allí se ventiló el problema sucesorio.

El viejo Diocleciano pudo contemplar, desde su tranquilo retiro de Salona, donde vivía entregado al cultivo de su jardín y de la filosofía, la subida al poder de Constantino, el hijo del que había sido su colaborador, el César Constancio Cloro.

De la noche a la mañana, las cosas cambiaron profundamente. Constantino era cristiano y, en mucho, deudor a su Dios de la victoria del puente Milvio. En 313 la paz de la Iglesia era un hecho.

Un nuevo aliento de vida surgió de todos los confines del imperio, consecuencia de la gran revolución histórica del siglo iv. Un ansia constructora cubrió el suelo romano con las magníficas basílicas que aun hoy llamamos constantinianas, y, en lo alto del Laterán, el Papa Silvestre colocó la silla de Pedro. El solar de *Planctius Lateranus* guardará en su recinto una vieja iglesia. Se la llamó Basílica dorada, y, años más tarde, San Juan de Letrán.

La historia de la Iglesia perseguida había tocado a su fin. La sociedad era ya otra, «por todas partes — escribe Eusebio — se ve claramente la afección de los pueblos entre sí; son los miembros de Cristo unidos en una misma armonía».

Pasarán los años, y de la cumbre del Capitolino, sobre los cimientos de un templo romano, se alzarán un oratorio; Santa María de Ara. Caeli guardó, circundada de sarcófagos antiguos, el cuerpo de Elena, la emperatriz que halló la Cruz, la madre de Constantino.

A esta época, durante la cual contempla la Iglesia su triunfo, corresponde el primer verso del Himno ambrosiano: *TE DEUM LAUDAMUS, TE DOMINUM CONFITEMUR...* Por toda la faz de la tierra, la Santa Iglesia confiesa vuestro nombre.

## II

Por la época en que fué compuesta la segunda parte del Himno, atravesaron los cristianos momentos difíciles. Todo él no es más que una renovación de fe y una entrega de la humana conciencia en las manos de Dios.

*Tu Rex Glorae, Christe.*

*Tu Patris sempiternus es Filius.*

*Tu ad liberandum suscepturus hominem, non horruisti Virginis uterum.*

*Tu, devicto mortis aculeo, aperuisti credentibus Regna caelorum.*

*Tu, ad dexteram Dei sedes, in Gloria Patris.*

*JUDEX CREDERIS ESSE VENTURUS.*

*Te ergo quaesumus, tuis famulis subveni, quos praetioso sanguine redimisti.*

*Aeterna fac cum sanctis tuis in Gloria numerari.*

*SALVUM, FAC POPULUM TUUM, ET BENEDIC HAEREDITARI TUAE.*

*Et rege eos, et extolle illos usque in aeternum.*

*Per singulos dies benedicimus Te.*

*Et laudamus nomen tuum in seculum, et in seculum seculi.*

Mediaba el siglo iv. El último de los hijos de Constantino ostentaba el Imperio. El nuevo Augusto era también de estirpe cristiana, cuya doctrina aprendiera en el seno de su familia. Sus leyes, recogidas posteriormente en el código teodosiano, contienen severas amonestaciones contra los paganos. Los templos se cerraban por su orden en 353. Y al año siguiente, Tertulo, el Prefecto de Roma, recibió la prohibición de sacrificar víctimas a los dioses, en este caso a Cástor y Pollux, a quienes se invocaban corrientes favorables para las naves frumentarias que, desde las playas africanas, debían llevar su cargamento de trigo al puerto de Ostia.

Pero Constancio era arriano, y también dirigió su rigor contra la ortodoxia encarnada en su más ilustre defensor: San Atanasio de Alejandría.

Quiere Constancio introducir el arrianismo por la fuerza, no sólo en el Oriente, sino en el Occidente. Su despótica presión sobre los Obispos reunidos en Seleucia y Rimini, en 395, logró que se subscribiera un «credo» arriano en oposición al del Concilio nicense. Pero este peligro se anula con su muerte. El arrianismo no había penetrado en Occidente con igual intensidad que en la parte oriental del Imperio. *JUDEX CREDERIS ESSE VENTURUS.*

Sin embargo, sobre el peligro de la herejía, se precipitaba otro más sangriento: las Invasiones. A éstas hace referencia el final de la segunda parte del Himno.

Al otro lado del Rin y del Danubio, los pueblos no estaban en reposo. De la lejana Escitia comenzaron a fluir hombres rubios y altos que, con sus carretas y mujeres, avanzaron hasta el helado Borístenes. Esta progresión desplazó a nuevas tribus, ante el empuje de las cuales los godos tuvieron que emigrar. Allí mismo, donde siglos se alzarán Petroso, enterraron su tesoro y, cruzando el limes del Danubio, se ofrecieron al Augusto Bizantino Valente. Esto ocurría hacia el 376.

Pero las duras condiciones del pacto y las deficiencias que el sostén de un millón de godos suponía para la administración imperial, les llevaron a la rebelión. Pasaron unos años y, en el 395, un miembro de la familia de los Baltos, Alarico, conduce los destinos de los godos.

Arrastrándoles con la promesa de ricas tierras, penetra en Grecia. Su ideal viene a ser, poco más o menos, el mismo que empujó a los Aqueos y a los Dorios, antes de Jesucristo, o a los Eslavos y Valacos, ocho siglos después de El: la tierra laborable donde asentarse.

Un arreglo con Arcadio los sitúa en la Dalmacia. Y aquí es donde da comienzo la carrera vertiginosa de Alarico, carrera que le ha de conducir a arruinar el Imperio de Occidente. Y así fué. En el 416, la ciudad de Roma es presa de una tribu germánica, y la idea de la superioridad romana desapareció...

De lo más profundo de los corazones romanos se elevó la súplica hacia Dios. *SALVUM FAC POPULUM TUUM, DOMINE, ET BENEDIC HAEREDITATI TUAE.*

## III

El final del Himno es un versículo que puede considerarse como oración matutina. El alma, dolorida y en contrición, hace un postrer llamamiento a la bondad de Dios y espera no ser confundida en la noche de la eternidad.

*Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire. Miserere nostri, Domine, miserere nostri. Fiat misericordia tua, Domine, super nos, quae modum esperavimus in Te.*  
*IN TE DOMINE ESPERAVI, NON CONFUNDAR IN AETERNUM.*

Este pensamiento cruzó por las mentes de los romanos cuando aún humeaban las ruinas saqueadas por Alarico. Así, San Jerónimo se lamenta: «Después que la luminaria del mundo se apagaba, que la cabeza del mundo romano ha sido abatida y que con una sola ciudad

todo el Imperio se ha hundido, la voz me falla y me siento anonadado.»

Pero, como dice Schmurser, Roma no fué aniquilada. Ella revivirá con nueva juventud en el seno de la Iglesia Católica Romana, y, con esa nueva Roma, esta Cristianidad que había nacido en lo más profundo de las Catacumbas.

No existe interrupción entre nosotros y ellos. El tronco de nuestra vieja Iglesia penetra sus raíces en estas húmedas concavidades, y, como dice Veuillot: esas raíces se hunden directamente en el Evangelio. Entre el Evangelio y este árbol maravilloso que vemos, no hay solución de continuidad. Todo remonta a los Apóstoles. El Nuevo Testamento es el gran cicerone de las Catacumbas, y luego vienen los primeros Padres. Los cristianos de los primeros siglos han creído todo lo que nosotros creemos, y nosotros creemos todo lo que ellos han creído.»

Esta es la verdadera significación de Roma. La Roma terrena fué saqueada y arruinada. La Roma eterna sobrevive a los siglos más pujantes, porque la bondad de Dios no ha sabido sustraerse al dolor y contrición de los últimos quirites.

*IN TE, DOMINE, SPERAVI; NON CONFUNDAR IN AETERNUM.*

LUIS M.<sup>a</sup> FIGUERAS

*Paul Allard*

1841-1916

Historiador y arqueólogo cuyas extensas y documentadas obras nos describen con toda fidelidad la vida de los cristianos bajo el Imperio Romano, en sus múltiples y heroicas vicisitudes, relata en "**Julien l'Apostat**" el **INTENTO DE RECONSTRUCCION DEL TEMPLO DE JERUSALEN** y su prodigioso fracaso, episodio característico en la reacción momentánea del paganismo moribundo contra el cristianismo victorioso.

Traducimos en extracto, el capítulo donde refiere este histórico suceso:

### *Preliminares de la empresa*

La certera visión de Juliano el Apóstata reconoció en seguida a los judíos como a sus mejores aliados en la guerra sorda, incesante, no declarada, pero, por lo mismo, más eficaz y pérfida, que mantenía contra los cristianos. Los judíos, por su parte, aprovecharon al punto las disposiciones de Juliano para satisfacer sus odios tradicionales; así, en Egipto y en Asia, vemos cómo incendiaron, impunemente, basílicas cristianas. Vino a ser el retorno al papel que habían representado durante tres siglos. Siempre que en el Imperio pagano se había reanudado la persecución, oficial o popular, ellos se habían mostrado a la vanguardia, atizando la cólera o ayudando a la violencia. Obligados después a contenerse durante cincuenta años, habían soportado de mala gana la vigilancia de los emperadores cristianos. Las leyes de Constantino y Constancio para proteger contra ellos la libertad de conciencia o para sujetarlos a las obligaciones generales, habíanles parecido un atentado a sus antiguos privilegios o una tiranía insoportable. Llegaron incluso, en Palestina, el año 352, a una rebelión que hubo de ser reprimida en sangrientos combates y con la destrucción de varias ciudades. Se sentían, pues, a la sazón, con una serie de venganzas que satisfacer, lo que representaba un precioso apoyo para la política anticristiana de Juliano. «Lo mismo su natural turbulencia — escribe San Gregorio Nacienceno (1) — que sus seculares enemistades, les designaron como auxiliares de él.»

Juliano mandó llamar a los cabecillas de los judíos

y les invitó a renovar la costumbre de los sacrificios públicos. Respondieron éstos, hábilmente, que su ley religiosa les prohibía sacrificar fuera del templo de Jerusalén, destruído ya. Y fué entonces cuando tuvo Juliano la idea extraordinaria de agruparlos nuevamente en una nación, de rehacerles un centro y una capital, devolviendo — para ellos — a Jerusalén su carácter de ciudad santa.

Ello significaba romper con toda la política seguida por el Imperio desde fines del siglo I con respecto a los judíos. Los emperadores se habían propuesto el destruir la arraigada nacionalidad judía, aplastando el nido de fanatismo y de rebelión que Jerusalén representaba desde el día que siguió al de la muerte de Jesucristo. Vespasiano y Tito, y luego Adriano, expulsaron a los judíos de la ciudad santa y convirtieron la Judea en desierto. Pero, respetando y temiendo a la vez a este pueblo irreducible, que de ningún modo quería morir, otorgaron a los judíos en su dispersión cuantos privilegios eran compatibles con el destierro y la obediencia.

Pero esto, al tomar Juliano la resolución de reedificar su templo, símbolo el más excelente de su nacionalidad y religión, y de restablecer en torno al mismo «la unidad judía», corría el riesgo de rehacer una amenaza para la unidad romana; mas todo interés desaparecía a su vista ante el deseo de apoyarse en los judíos para su empresa contra el cristianismo, de ver a un pueblo reanudar sus sacrificios de bueyes u ovejas, y, principalmente, de dar un desmentimiento a las palabras de Jesucristo: «Día vendrá en que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada». Escribe San Juan Crisóstomo: «Para poner a prueba el poder de Jesucristo, es por lo que el pagano se ponía al servicio de la causa judía».

(1) Patriarca de Constantinopla y orador de primer orden. En su juventud fué condiscípulo de Juliano en la Universidad de Atenas.

## El fracaso de la tentativa

La epístola por la que Juliano comunica sus intenciones a la «comunidad judía», es de lo más curioso entre las que escribió.

Empieza anunciando la supresión de un tributo especial para los judíos, estudiado por los consejeros de su antecesor Constancio, pero que todavía no se había aplicado. «He encontrado — dice — tal proyecto en mis archivos, y lo he arrojado al fuego». Inmiscuyéndose, entonces, en los asuntos interiores de la comunidad, Juliano les comunica sus esfuerzos para suprimir los abusos de que ellos acusan a su patriarca y agentes.

A continuación, recuerda a los judíos el reconocimiento que deben a Juliano por la «perfecta seguridad de que gozan en su reino». «Os pido — continúa el Emperador — la ayuda de vuestras más fervorosas plegarias dirigidas al Señor de todas las cosas, al Dios creador, cuya mano pura se ha dignado ceñir mi frente con la corona». Juliano termina con una promesa: «Si vuelvo victorioso de la guerra contra los persas, repoblaré a Jerusalén, vuestra ciudad santa, previamente reconstruida, que de tantos años anheláis ver habitada, y con vosotros daré gracias al Todopoderoso».

San Gregorio Nacianceno afirma que Juliano, conocedor de la Biblia y, asimismo, conocedor del arte de utilizarla, hizo repartir entre los judíos una compilación de pasajes de la Sagrada Escritura en los que les mostraba, profetizado, el regreso a la patria, la reedificación del templo de Jerusalén, la nueva puesta en vigor de sus leyes y ritos. No esperó el regreso de Persia para preparar la reconstrucción del templo. Desde Antioquía, semanas antes de partir, publicó un edicto ordenando tan difícil empresa. Era ésta de tal naturaleza, que sólo podía lograr éxito con el concurso del poder imperial y de la riqueza judía. Por lo demás, siempre había ido el templo ligado al nombre de un soberano: existió el templo de Salomón, y el de Herodes; ahora sería el templo de Juliano. La obra adquirió en seguida un carácter oficial. Nombró Juliano un director para los trabajos; era un personaje relevante, Alipio, que había administrado la Bretaña como vicario del prefecto del pretorio. Sumas considerables, «inmoderadas», a juicio de Ammiano Marcelino, fueron destinadas a los trabajos y puestas a disposición de Alipio. Por su parte, la nación judía tomó sus medidas para contribuir a ellos. «El inmenso tesoro que tenía a su disposición el patriarca», dice San Juan Crisóstomo, era una reserva a propósito. El entusiasmo del pueblo añadió donativos voluntarios. Las mujeres se despojaron de sus aderezos, ofrecieron sus joyas.

Empezaron los trabajos de derribo. Precisaba dejar libre el lugar para elevar un nuevo edificio, bajo un más vasto plan. Los fundamentos subsistentes, los restos calcinados del antiguo templo, debían ser retirados previamente a todo trabajo. Los obreros — un gran número de judíos que espontáneamente se habían ofrecido —, bajo el mando de Alipio y del gobernador de la provincia, empezaron con entusiasmo. Incluso mujeres, ricamente ataviadas, servían a los operarios y retiraban tierras en los pliegues de sus vestidos. Los cristianos observaban en silencio este esfuerzo para la glorificación de sus enemigos y para la ruina de su fe. Veían a los judíos pasar junto a ellos dirigiéndoles miradas amenazadoras o burlonas. Estos creíanse vueltos a los tiempos de los profetas. Se veían, por primera vez desde hacía tres siglos, seguros de su porvenir. Saboreando ya su triunfo, anunciaban a los cristianos su intención de tomar desquite, en ellos, de cuantos males habían hecho sufrir a su pueblo los romanos. Los cristianos no parecieron aterrarse por ello: tenían fe en las promesas divinas. El obispo de Jerusalén, Cirilo, les excitaba esta fe: anunciaba que el oráculo del Salvador continuaría cumpliéndose y que no quedaría una piedra de templo. Por el

momento, los obreros paganos y judíos parecían trabajar para hacerlo literalmente válido, ya que retiraban cuantas piedras quedaban aún del templo antiguo, a fin de nivelar el emplazamiento del nuevo.

Los trabajos prosiguieron en medio de grandes perturbaciones atmosféricas. Atravesábase el periodo de movimientos sísmicos que tantas ruinas causaron durante los últimos meses del año 362 y una parte del 363. Precisamente en aquella ocasión, en Palestina, Fenicia y Siria, varias ciudades fueron medio destruidas, pudiéndose citar, entre ellas, Nicópolis, Neápolis, Eleuterópolis y Gaza. En algunos lugares, el mar invadió sus costas e inundó varias localidades. En Jerusalén, la reacción de estos movimientos hizo inestable el terreno. Ya las primeras sacudidas produjeron innumerables perturbaciones a los obreros. Más de una vez, por la mañana, éstos encontraron llenas las trincheras abiertas en la víspera. Un terremoto se hizo sentir también en Jerusalén, derribando un pórtico bajo el que estaban guarecidos numerosos excavadores judíos; muchos perecieron aplastados, otros pudieron refugiarse apresuradamente en una iglesia vecina. A pesar de estos desastres, los trabajos continuaron: la tenacidad judía, la obstinación pagana, parecían luchar contra la naturaleza desencadenada. Mas pronto un fenómeno más terrible se produjo. Lo cuentan los escritores cristianos y lo confirma el testimonio imparcial de Ammiano Marcelino. «En el momento — escribe — en que Alipio, con ayuda del gobernador de la provincia, urgía más los trabajos, unas llamaradas terribles, saliendo reiteradamente de los fundamentos, hicieron el lugar inaccesible a los obreros e incluso quemaron a varios. Y por esta razón, ante la oposición continuada de los elementos, hubo de ser abandonada la empresa». (Ammiano Marcelino, XXIII, 1.) (2)

Los cristianos vieron en este suceso el definitivo cumplimiento y confirmación de las profecías. Se repetían las palabras de Jesucristo, buscando su comentario en el Antiguo Testamento. Venían a su memoria, familiarizada con los textos bíblicos, estas palabras de las *Lamentaciones* de Jeremías, que parecían describir por anticipado el espectáculo todavía presente a sus ojos: «El Señor ha encendido una llama en Sion, y ella ha devorado sus fundamentos».

Se dijo que, en el desorden de los elementos, otros fenómenos se produjeron. Un parhelio, en forma de cruz luminosa, fué visto en los aires, y, consecuencia quizás de esta acción fotográfica del rayo — registrada en varias ocasiones por la ciencia —, en los vestidos de muchos espectadores fueron impresas cruces «con la elegancia de un bordado o la nitidez de una pintura», refiere San Gregorio Nacianceno.

La profunda impresión producida por estos extraordinarios hechos en el espíritu de los cristianos, estaba, pasado un cuarto de siglo, tan viva como al día siguiente en que sucedieron. «Si llegas a Jerusalén — dice San Juan Crisóstomo en un discurso pronunciado hacia 387 —, verás los fundamentos del templo excavados y vacíos; y si preguntas la causa, te responderán lo que acabamos de narrar. Pues de estos hechos somos testigos; ¡no datan de tiempo tan remoto! Considerad la magnitud de esta victoria. No tuvo lugar bajo emperadores cristianos: no puede decirse que fueran los cristianos quienes intentaran impedir tal empresa. Esta tuvo lugar cuando nuestros asuntos pasaban por un estado lamentable, cuando temblábamos por nuestras vidas, cuando toda libertad nos había sido arrebatada, cuando florecía el paganismo, cuando unos fieles se escondían en sus casas y otros emigraban a los desiertos o, al menos, evitaban los lugares públicos; entonces acaecieron estos sucesos para confundir el descaer de nuestros enemigos.» (San Juan Crisóstomo. *Adversus Judæos*, V, 11.)

(2) Ammiano Marcelino, historiador pagano contemporáneo, es tenido en nuestros días como historiador verídico y conocedor de los sucesos que narra.





# EL CARACTER DEL ARRIANISMO

Cartas de ARRIO, EUSEBIO DE NICOMEDIA, SAN ALEJANDRO, etc.

## EUSEBIO DE NICOMEDIA

Pensaba como Arrio, aun antes que él; pasaba por haber apostatado en la persecución, y después había llegado a ser, no se sabe como, Obispo de Beryto, en Fenicia. Más cortésano que otra cosa, se insinuó en el favor de Constancia, hermana de Constantino, y mujer de Licinio. Habiendo vacado la sede metropolitana de Nicomedia, Eusebio, que medía la dignidad Episcopal por la importancia de las ciudades, abandonó sin autorización canónica la pequeña población de Beryto, por aquella imperial Ciudad. Cuando Licinio hacía la guerra al mismo tiempo a la fe, al cristianismo, y a Constantino, Eusebio era del partido de Licinio. Vencedor Constantino, supo captarse el favor de éste. Más tarde le veremos abandonar a Nicomedia por Constantinopla y llegar a ser el preceptor de Juliano el Apóstata (1).

## CORRESPONDENCIA DE ARRIO CON EUSEBIO

Habiéndose, pues, retirado Arrio de Alejandría, imploró la protección de Eusebio, y le escribió entre otras, la carta que sigue:

«Al muy respetado Señor, al hombre de Dios, al fiel, al ortodoxo, a Eusebio: Arrio, injustamente perseguido por el pontífice Alejandro a causa de la verdad victoriosa de todo lo que Vos mismo defendéis, salud en el Señor. Partiendo mi padre Amonio para Nicomedia, he creído que debía aprovechar esta ocasión para saludaros e informar al mismo tiempo a vuestra natural caridad y afecto que tenéis a los hermanos por Dios y su Cristo, de que el Obispo nos persigue y nos extermina grandemente, invocando y revolviéndolo todo contra nosotros hasta habernos arrojado de la ciudad como impíos, porque no convenimos con lo que él públicamente dice: "Dios es siempre, el Hijo es siempre; el Padre y el Hijo son a la vez; el Hijo coexiste con el Padre sin ser engendrado; él es siempre engendrado, es engendrado y no lo es. El Padre no precede al Hijo en un instante ni aún en el pensamiento. Dios siempre, siempre el Hijo, el Hijo procede de Dios mismo." Y porque Eusebio de Cesárea, vuestro primo..., y todos los orientales dicen que Dios antes que su Hijo sin principio, han sido heridos de anatema, a excepción solamente de Filógono, Hellánico y Macario, tres ignorantes, que dicen que el Hijo es, los unos una expiración, los otros una proyección, los otros no-engendrado como el Padre, impiedades que nosotros ni aún oír podemos, aunque estos herejes nos amenazaran con mil muertes. Lo que nosotros decimos y pensamos lo hemos enseñado y lo enseñamos todavía: que el Hijo no es "agénetos", (no-engendrado), ni porción de no-engendrado en manera alguna, ni sacado de otro sujeto. Pero que por la voluntad y el consejo del Padre ha subsistido antes de los tiempos y antes de los siglos, plenamente Dios, Hijo único, inalterable, y que antes de ser engendrado o creado, o terminado, o fundado, no era; porque no era "agénetos". Somos perseguidos por haber dicho: "El Hijo tiene un principio y Dios no lo tiene". Por esto se nos persigue y por haber dicho que ha sido sacado de la nada, lo cual hemos dicho porque ni es porción de Dios ni sacado de un sujeto. Por esto se nos persigue; ya sabéis el resto; yo deseo que sigáis bien en el Señor y que os acordéis de nuestras aflicciones, o piadoso Eusebio collucianista.»

Llama a Eusebio «collucianista» porque ambos habían sido discípulos de Luciano, que lo era de Pablo de Samosata, y a quien no debe confundirse, como muchos lo han hecho, con el mártir San Luciano, sacerdote de Antioquía. Véase en esta carta toda la herejía de Arrio:

(1) Rohrbacher.

«que el Hijo ha comenzado y que ha sido sacado de la nada, de donde se sigue, por consecuencia necesaria, que es sólo un Dios nominal, una pura criatura». Vese también en ella la doctrina de San Alejandro: «que el Hijo procede del Padre y que es coeterno con él». En cuanto a la censura que Arrio le dirige de decir que el Hijo es a la vez engendrado y no-engendrado, es una impostura contra la cual el Santo Obispo había de protestar enérgicamente. Esta impostura descansaba sobre un equívoco, a saber: las palabras griegas «genétes», y «genetós», así como sus derivados, significaban en otro tiempo indiferentemente engendrado, nacido, producido, creado, hecho. De suerte que con las mismas palabras el católico decía que el Hijo es engendrado pero no creado, y el arriano le hacía decir, contradictoriamente, que el Hijo era engendrado y no-engendrado (agénetos). Sea ignorancia, sea mala fe, jamás los arrianos aclararon este equívoco (1).

## RESPUESTA DE EUSEBIO

Habiendo recibido Eusebio de Nicomedia la carta de Arrio, le respondió, entre otras, estas palabras:

«Vuestros sentimientos son muy buenos, y nada tenéis que desear, sino verlos admitidos por todo el mundo. Porque nadie puede dudar que lo que ha sido hecho, no existía antes de que fuese hecho, puesto que es preciso que haya comenzado a ser.»

En seguida escribió a Paulino de Tiro alabando el celo de Eusebio de Cesárea por la defensa de la verdad, es decir, por la doctrina de Arrio, y censurando el silencio de Paulino, a quien exhorta a escribir para sostenerla. El mismo explica esta doctrina. Envolviéndola siempre entre los equívocos señalados más arriba sobre las palabras griegas «genétes» y «agénetos», él la reduce a dos puntos: «que el Hijo no es engendrado de la substancia del Padre, sino que ha sido creado como todos los demás». Le apremia a que difunda estas ideas y las escriba al señor Alejandro, «porque tengo, añade, la seguridad de que le persuadiréis».

## CONSTANCIA DE ALEJANDRO Y BAJEZAS DE LOS HEREJES

Como ya lo hemos visto, ocurrió de muy distinta manera. Alejandro se quejó enérgicamente de los Obispos que habían recibido a Arrio en su comunión. La impresión de sus cartas fué tal que nadie quería recibir ya al heresiarca. Este se refugió, pues, cerca de Eusebio de Nicomedia. Las dos serpientes, para mejor esparcir su veneno, en la Iglesia, pusieron su empeño en permanecer en ella a pesar de ella. Eusebio escribió e hizo escribir muchas veces a Alejandro en favor de Arrio, y éste mismo con los sacerdotes y diáconos excomulgados le dirigió desde Nicomedia una carta audazmente hipócrita. Comenzaba ésta en los siguientes términos:

«A nuestro bienaventurado Pontífice y Obispo Alejandro, los presbíteros y diáconos; salud en el Señor. La fe que hemos recibido de nuestros antepasados y aprendido de Vos, bienaventurado Pontífice, es ésta.»

Después de algunas frases embozadas, expone todo el veneno de su herejía: Que el Hijo no es eterno, ni coeterno al Padre, sino creatura perfecta producida por el Padre antes del tiempo; protestando de nuevo con increíble cinismo, hasta dos veces, que de él mismo, del bienaventurado Pontífice Alejandro, era de quien había aprendido esta doctrina. Júzguese por esto de la buena fe del heresiarca y de sus partidarios (1).

(1) Rohrbacher.



**LAS CANCIONES DE ARRIO**

Su prólogo (Vd. Supra...) estaba concebido en estos términos:

«Siguiendo a los elegidos de Dios, los hábiles de Dios, los hijos Santos, los ortodoxos, los que han recibido al Espíritu Santo de Dios, yo he aprendido estas cosas, de los que participan de la sabiduría, que han sido delicadamente educados e instruidos por Dios, que son sabios en todo; he marchado sobre sus huellas con un paso armónico; yo, el Ilustre; yo, que he sufrido mucho por la Gloria de Dios; yo, que he recibido de Dios la sabiduría y adquirido de El el conocimiento.»

**LOS "CONCILIADORES"**

«¿Por qué (le escribía Atanasio de Anazarbe) por qué censuráis a los amigos de Arrio el que digan que el Hijo de Dios es una criatura sacada de la nada entre todas las demás?»

Porque, si todas las criaturas son figuradas en las cien ovejas de la parábola, el Hijo es una de ellas. Si, pues, estas ciento no son criaturas, o bien si fuera de esas ciento hay alguna cosa más, el Hijo no será una criatura ni una unidad de la totalidad. Pero si las ciento comprenden a todas las criaturas y fuera de ellas sólo existe Dios, ¿qué es lo que sostienen de absurdo los arrianos cuando le cuentan entre los ciento y le llaman una unidad de la totalidad?»

Otro arriano, cuyo nombre era Jorge, le escribía igualmente desde Antioquía:

«No censuréis a los arrianos cuando dicen: "ha habido un tiempo en que el Hijo de Dios no era", porque Isaías era hijo de Amós y nadie duda que Amós era antes que Isaías, e Isaías no era desde el principio, porque existí después.»

A los arrianos, al contrario, escribía:

«¿Por qué censuráis al Pontífice Alejandro cuando dice que el Hijo es del Padre? Vosotros mismos no teméis decirlo, porque si el Apóstol ha escrito que todo es Dios, aun cuando es claro que todo ha sido sacado de la nada, si el Hijo es una criatura podrá bien decirse de El que es Dios, puesto que de todo se dice.»

En estos extractos se ve con qué increíble ligereza, qué superficialidad de espíritu, qué miserables equívocos trataban los arrianos una verdad tan capital. Mejor se ve esto aún, en la carta que Eusebio de Cesárea escribió al mismo San Alejandro en favor de Arrio y de los suyos:

«Vuestras cartas los calumnian, acusándoles de afirmar que el Hijo ha sido sacado de la nada como los demás. Me han mostrado la carta que os han dirigido; ellos confiesan allí en términos propios que el Hijo es una criatura perfecta de Dios y no una criatura como las otras.»

Tal es la miserable sutileza en que Eusebio de Cesárea se envuelve o se deja envolver para justificar a los arrianos. En verdad, debemos a Dios y a su Iglesia grandes acciones de gracias por habernos conservado, con la pureza de la fe, el buen sentido del lenguaje.

**CARTA DE SAN ALEJANDRO AL OBISPO DE BIZANCIO**

Alejandro escribió a todos los Obispos para instruirlos de lo que pasaba y animar su celo. San Epifanio, conocía setenta de sus cartas, la mayor parte circulares. Había una en particular al Papa San Silvestre que existía todavía en tiempos del Papa Liberio. De todas estas cartas nos quedan dos: una de ellas iba dirigida al Obispo de Bizancio, que se llamaba Alejandro también. Dice, entre otras cosas:

«Arrio y los suyos han formado desde hace poco tiempo una conspiración contra la Iglesia. Continuamente

celebran asambleas, se ejercitan día y noche en inventar calumnias contra Jesucristo y contra Nos; censuran la sana doctrina de los Apóstoles, e imitando a los judíos, niegan la divinidad de nuestro Salvador y le declaran semejante a los demás hombres. Con este propósito impío, recojen cuidadosamente que hablan de su encarnación y de su abatimiento y rechazan los que hablan de su eterna dignidad y de su gloria. Pensando de Cristo como los judíos y los paganos, de ellos sólo ambicionan los elogios; también excitan todos los días contra nosotros tumultos y persecuciones, ya llevándonos ante los tribunales por el dicho de algunas mujeres indícoles que ellos han seducido, ya deshonrando al cristianismo con la insolencia de mujerzuelas de su partido, que se ven correr por las calles. Ni con esto les basta: la túnica inconsútil de Cristo que los verdugos mismos no quisieron dividir, ellos no temen desgarrarla. Habiendo pues considerado su conducta y sus impías maquinaciones, los hemos arrojado de la Iglesia que adora a Cristo. Ellos, corriendo de un lado a otro, tratan de sorprender a nuestros colegas, bajo pretexto de pedirles la paz y la unión; pero en realidad para arrastrar los que puedan a su pestilencia con bellas palabras y obtener de ellos cartas que leer a sus incautos parciales, a fin de retenerlos en la impiedad con la idea de que también tienen entre ellos a Obispos; pero lo que han enseñado y hecho de mal entre nosotros lo tratan en silencio o lo ocultan bajo palabras engañadoras.»

**IMPIEDAD DE LOS ARRIANOS**

Después de lo cual, San Alejandro expone y refuta la impiedad de los arrianos; hace resaltar sobretudo su desprecio de la tradición.

«Ellos creen injurioso que se les compare con alguno de los antiguos o con los que han sido nuestros maestros en la juventud, y piensan que ninguno de los Obispos que ha habido en el mundo ha llegado a una mediana medida de sabiduría; ellos sólo son los que saben; ellos solos perfectos, ellos solos han entendido los dogmas; sólo a ellos ha sido revelado lo que jamás ha ocurrido pensar a ningún otro bajo el sol. ¡Oh, impía arrogancia! Ni la claridad de las divinas Escrituras, ni el común sentir de nuestros colegas contienen su furor. Los demonios mismos no soportarían su impiedad, pues éstos evitan cuidadosamente decir blasfemia alguna contra Cristo.»

**LA FE ORTODOXA**

«En cuanto a nosotros, creemos en la Iglesia Apostólica, en un solo Padre, no engendrado, que no tiene principio alguno de su ser; inmutable e inalterable, siempre el mismo, incapaz de progreso o de disminución; que ha dado la Ley y los Profetas y los Evangelios; que es el Señor de los Patriarcas, de los Apóstoles y de todos los Santos. Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado, no de la nada sino del Padre que es; no a la manera de los cuerpos por segregación o derivación como lo quieren Sabelio o Valentín, sino de una manera inefable e inenarrable, como está dicho: ¿Quién contará su generación? Y como El mismo ha dicho: Nadie conoce al Padre sino el Hijo y nadie conoce al Hijo sino al Padre. Nosotros hemos aprendido que es inmutable e inalterable como el Padre; que de nada necesita; que es perfecto y semejante al Padre...»

**INVENCIONES QUE DIFUNDEN**

«...Ved aquí ahora las invenciones que difunden (los apóstatas) contrarias a las Escrituras:

"Dios no siempre ha sido el Padre: ha habido un tiempo en que no lo era. El Verbo de Dios no siempre ha sido, sino que fué hecho de la nada; este Hijo es una criatura y una obra; no es semejante al Padre en substancia ni su Verbo verdadero, ni su verdadera Sabiduría, sino una de las cosas hechas y creadas (...). Por lo mismo es mutable y alterable por su naturaleza, como todas las criaturas racionales; es extraño, diferente y separado de la substancia de Dios. El Padre es inefable para el Hijo, que no lo conoce ni puede verlo perfecta-

mente, porque el Hijo no conoce su propia substancia tal como ella es. Ha sido hecho para nosotros, a fin de ser como el instrumento por el cual Dios nos ha creado, y él no hubiera sido si Dios no hubiera querido hacernos." Se les ha preguntado si el Verbo de Dios puede cambiar como cambió el diablo, y no han tenido horror en decir: sí, puede cambiar, porque es de naturaleza mudable puesto que es de naturaleza engendrada y creada.»

### SU REPUTACION

«Como Arrio y sus secuaces sostenían todo esto con impudencia, nosotros los hemos anatematizado estando reunidos con los Obispos de Egipto y de Libia en número de más de ciento. Eusebio y sus parciales los han recibido y se esfuerzan en mezclar la verdad con la mentira, la piedad con la impiedad. Pero ellos no lo conseguirán; la verdad permanece victoriosa, porque, ¿quién ha oído cosas semejantes? O ¿quién puede oírles ahora sin sorprenderse y sin taparse los oídos por temor de que éstos se manchen? ¿Quién puede oír decir a San Juan: *En el principio era el Verbo*, sin condenar lo que éstos dicen: ha habido un tiempo en que no era? ¿Quién puede oír en el Evangelio: El Hijo único, y todo ha sido hecho por El, sin detestar a los que dicen que el Hijo es una de las criaturas?»

«¿Cómo puede ser El una de las cosas que *han sido hechas por El*», o, cómo es *Hijo único*, si está puesto en el número de todas las demás? ¿Cómo ha salido de la nada, puesto que el Padre dice: *Yo te engendré de mi seno antes que la aurora*? ¿Cómo puede ser de semejante al Padre en substancia, El, que es la imagen perfecta y el esplendor del Padre y que dice: *El que me ve, ve también a mi Padre*? Si El es el Logos, es decir, la razón y la sabiduría del Padre, ¿cómo no ha sido siempre? Se atreverán, pues, a decir que Dios ha estado sin razón y sin sabiduría? ¿Cómo puede ser sujeto de cambio El, que dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí*? Y, además: *¿el Padre y Yo somos una misma cosa?*»

...¿Qué razón tiene, pues, para decir que ha sido hecho para nosotros, cuando San Pablo escribe que todo ha sido hecho por El y para El? En cuanto a la blasfemia de que el Hijo no conoce perfectamente al Padre, va contra estas palabras del Señor: *como el Padre me conoce, yo también conozco al Padre*.

Si, pues, el Padre no conoce al Hijo sino imperfectamente el Hijo conocerá al Padre de la misma manera; y si esto no es lícito decirlo, sino que el Padre conoce perfectamente al Hijo es evidente que el Hijo conoce de la misma manera a su Padre.»

### CONCLUSION

«Así es como nosotros les hemos refutado a menudo con las divinas Escrituras, pero ellos cambian como el camaleón; son los peores de todos los herejes, puesto que queriendo destruir la divinidad del Verbo son los que más se acercan al Anticristo. Habiendo, pues, oído por nosotros mismos su impiedad, los hemos anatematizado y declarado extraños a la fe y a la Iglesia Católica, y damos de ello avisos a vuestra piedad, queridos y ve-

nerables colegas, a fin de que, si alguno de ellos tiene la audacia de presentarse a vosotros, no lo recibáis, y que no creáis a ellos, ni a Eusebio, ni a ningún otro que pudiera escribiros en su favor.»

### CARTA DE LOS PADRES DE NICEA

#### A LA IGLESIA DE ALEJANDRIA

Después de haber terminado estos tres grandes asuntos, el concilio promulgó cánones o reglas de disciplina, que veremos más adelante con los de Ancira, de Neocesarea y de Arlés. En fin, escribió la carta siguiente:

«A la Iglesia de Alejandría, santa y grande por la gracia de Dios, y a nuestros muy amados hermanos de Egipto, Libia y Pentápolis, los Obispos reunidos en Nicea y formando el grande y santo concilio, salud en el Señor. Habiéndose constituido por la gracia de Dios y por los cuidados del emperador, muy amado de Dios, Constantino, que nos ha reunido de diferentes provincias y ciudades, el grande y santo concilio de Nicea, ha parecido necesario escribiros en nombre de la misma sacra asamblea, a fin de que podáis saber lo que se ha propuesto, examinado, resuelto y decidido. Anto todo, la impiedad de Arrio ha sido examinada en presencia de nuestro emperador, muy amado de Dios, Constantino; se ha resuelto con voz unánime anatematizar a aquél y a su doctrina impía; sus palabras y sacrílegos pensamientos, por las cuales blasfemaba contra el Hijo de Dios, diciendo que ha sido sacado de la nada; que no era antes de ser engendrado y que ha habido un tiempo en el cual no era; que por su libre albedrío es capaz de vicio y de virtud y que es una criatura. El santo concilio ha anatematizado todo esto, no soportando ni aun el oír estas palabras de blasfemia, locura e impiedad. En cuanto a su persona, ya habréis sabido o sabréis ciertamente cómo ha sido tratado. No queremos que parezca que insultamos a un hombre que ha recibido la digna recompensa de su crimen con el destierro (al cual el emperador le ha condenado). Su impiedad ha tenido la fuerza de perder con él a Theonas de Marmárica y Segundo de Tolemaida, los cuales han sido tratados del mismo modo. Así por la misericordia de Dios el Egipto se ve libre de la impiedad y del contagio de este error, de estas blasfemias y de estos hombres inquietos, que no han temido formar bandos y divisiones en un pueblo hasta entonces pacífico.»

El concilio expone en seguida lo que se había ordenado con referencia a los melecianos, como se ha visto más arriba, remitiéndose en lo demás al Obispo Alejandro, porque todo se ha hecho con su participación y con su autoridad. Trae también la conclusión referente a la Pascua, y añade: «Alegraos, pues, de tan dichoso suceso, de la paz y unión de la Iglesia, así como de la extirpación de todas las herejías, y recibid con mucha honra y amor a nuestro colega, vuestro Obispo Alejandro, que nos ha regocijado con su presencia y que en edad tan avanzada se ha tomado tanto trabajo para procurarnos la paz. Orad también por todos nosotros, a fin de que las cosas que nos parecen bien ordenadas permanezcan firmes por nuestro Señor Jesucristo, habiendo sido hechas, como lo creemos, según la voluntad de Dios Padre, en el Espíritu Santo, a quien sea gloria, en los siglos de los siglos. Amén.»



## LA VIDA

## COMENTARIO INTERNACIONAL

*La cuestión de Palestina*

## II (1)

*Actividades presentes del sionismo*

Después de la publicación del Libro Blanco inglés, los dirigentes sionistas han reanudado con mayor celo todavía, sus laboriosas gestiones encaminadas a lograr que Palestina sea de nuevo el solar del pueblo de Israel.

En el Congreso internacional del sionismo celebrado en la ciudad de Ginebra el mes de agosto de 1939, pocas semanas después de la aparición del Libro Blanco, Chaim Weizmann, presidente de aquella asamblea, expresó su sorpresa por la decisión británica sobre la inmigración judía en Palestina, al propio tiempo que manifestaba que, a pesar de esas nuevas trabas, la obra del sionismo no sufriría ninguna interrupción y que las directrices señaladas en el Libro Blanco, serían anuladas por la presión que ejercería la opinión pública mundial.

No olvidemos que Weizmann fué uno de los más fervientes propugnadores de la alianza entre el sionismo y la Gran Bretaña; así podremos comprender fácilmente la penosa impresión que hubo de causar la nueva orientación inglesa en el ánimo de los sionistas, cuando su más caracterizado representante se atrevió a formular tan duro reproche.

Pero Weizmann habló también de una «opinión pública» que convertiría en ilusorios los planes del gabinete británico; y una pregunta surge inmediatamente: ¿A qué o a quién se refería concretamente Weizmann?

Los hechos desarrollados posteriormente nos dan una respuesta adecuada.

El movimiento sionista necesitaba para triunfar una protección poderosa que hiciese estériles cuantos cuantos obstáculos se opusiesen a su avance. Esa protección sólo podía prestarla una potencia con fuerza suficiente para presionar a la nación mandataria de Palestina, y Weizmann la encontró sin grandes dificultades: Norteamérica se convirtió, y continúa siendo, la esperanza suprema del sionismo.

El problema se ha complicado, por tanto, para la Gran Bretaña, a causa — como escribía recientemente un periódico francés — del «apoyo considerable que los judíos han encontrado en los medios políticos y financieros de los Estados Unidos», gracias al cual, «la presión americana en favor de los judíos va gradualmente en aumento»; lo que viene a significar que el porvenir de Palestina no se encuentra ya solamente, en manos de Inglaterra.

La propaganda sionista en Norteamérica es enorme. El pasado mes de octubre tuvo lugar en el «Carnegie-Hall» de Nueva York, una grandiosa manifestación para pedir la libre entrada de los judíos en Palestina. Poco después, quinientos rabinos visitaron la Casa Blanca y el Capitolio para solicitar el apoyo de los personajes representativos en favor de la constitución del «hogar nacional del pueblo judío».

El propio Weizmann visitó los Estados Unidos realizando una gran campaña. Pidió el establecimiento en Palestina de dos millones de israelitas, y, ante la favorable acogida que encontró su solicitud, el jefe judío Goldmann elevó, poco después, la anterior cifra a cinco millones.

Senadores, diputados y elementos preponderantes en la política norteamericana (Johnston, Clark, Wagner, Hamilton Fish, Mac Cormack, Martin, William Green, Wilkie, etc.) se han pronunciado repetidas veces partidarios del sionismo, instando a la Gran Bretaña a cumplir sus promesas.

Paralelamente a esta acción política, se desarrolla en Palestina el movimiento de las organizaciones o bandas terroristas judías, entre las cuales descuellan por su importancia, la «Abraham Stern» y el «Irgun Zvai Leumi», de marcado carácter nacionalista. Los miembros de estas organizaciones han perpetrado varios atentados en Jerusalén, Haifa y Tel Aviv. Incluso los judíos partidarios de una aproximación con los árabes, son víctimas, algunas veces, del terrorismo de sus propios hermanos.

Esta amenaza latente que pesa sobre Palestina hace temer nuevos desórdenes, si una política justa y equitativa no preside las decisiones que han de tomarse en el porvenir. Los judíos sionistas se preparan para futuras jornadas, y no hace mucho tiempo que uno de sus jefes, Shertok, escribía en «Palestina y Oriente Medio»: «Cuando llegue el momento crucial en que se pretenda eliminarnos de este país, en que se quiera impedir a los judíos que entren en él y en que se pretenda oprimirlos en su propio país bajo el régimen de una mayoría árabe, declinaremos aceptar la responsabilidad de lo que pueda acontecer.»

*El "White Paper" y sus consecuencias*

En el mes de febrero de 1939, se reunió en Londres la Conferencia de Palestina.

Cuatro años antes se habían reproducido en Tierra Santa los sangrientos disturbios llue llegaron a alcanzar extraordinaria intensidad. Los árabes exigieron el cese inmediato de la inmigración judía, amenazando con impedir la por la fuerza si no eran atendidos; poco después se produjo el levantamiento en masa de la población.

El «Irgun» movilizó a sus adeptos y las luchas y violencias de todas clases sumieron a Palestina en el más terrible caos.

El Gobierno inglés envió a Lord Peel con una Comisión encargada de presentar una solución satisfactoria, pero su resultado fué contraproducente, pues los ánimos se excitaron en gran manera cuando se conoció la propuesta de repartir Palestina entre árabes y judíos. La situación llegó a su extrema gravedad en 1938. Las autoridades británicas disolvieron el Comité Supremo árabe, y el Gran Mufti hubo de refugiarse en Siria. Fué en aquellos momentos que la Gran Bretaña decidió la celebración de la Conferencia.

Simultáneamente, la Comunidad católica latina y las representaciones de varias sectas religiosas, publicaron un manifiesto protestando del proceder de la potencia mandataria, que enviaba tropas para atacar a la pacífica población con objeto de proteger la entrada en el país de elementos extraños.

Como era de suponer, la Conferencia de Londres terminó con un fracaso absoluto. Ante este resultado, el Gobierno de Su Majestad Británica publicó en el mes de mayo el Libro Blanco («White Paper») que, como indicábamos en nuestro artículo anterior, no fué aceptado ni por los árabes ni por los judíos.

El Gobierno inglés fijaba en 75.000 el número de judíos que podían entrar en Palestina hasta el 31 de mayo del año actual, cifra que no ha sido alcanzada, a pesar de los grandes esfuerzos realizados por los sionistas.

Como hemos dicho anteriormente, los representantes del sionismo han reclamado la ayuda de los Estados Uni-

(1) Véase CRISTIANDAD número 6, página 23.

dos para que Inglaterra acepte la constitución en Palestina del Estado judío, suprimiendo las restricciones contenidas en el Libro Blanco. ¿Cuál será la actitud definitiva de Norteamérica? Repitamos solamente, que los deseos del sionismo han hallado excelente acogida, y que la Gran Bretaña habrá de encontrar graves dificultades si trata de conseguir los objetivos que, al parecer, se ha propuesto.

Unos interrogantes flotan sobre esta debatida cuestión: ¿Qué pretende en realidad Inglaterra?, ¿cómo puede compaginarse su evidente deseo de favorecer a los judíos, con su actual política de mantener en Palestina un estado tal de cosas, que imposibilita un arreglo duradero entre los habitantes de aquellas regiones?

Recordemos, en primer lugar, la necesidad en que se encuentran los ingleses de no incomodar excesivamente a los árabes. No olvidemos que, con motivo de las campañas sionistas en Norteamérica, personajes destacados de Egipto, Arabia y otros países, se dirigieron al Gobierno de los Estados Unidos protestando de las tentativas judías y reclamando la pacífica posesión de Palestina por los árabes, que desde hace siglos la ocupan. Sin embargo, no creemos exagerado afirmar que esta lucha entre el sionismo y los países árabes, puede repercutir favorablemente en beneficio de los designios británicos, ya que puede ser el pretexto que invoque Inglaterra para asegurarse indefinidamente la posesión de un territorio en el Mediterráneo oriental, de indudable importancia estratégica. Falta tan sólo que otros intereses contrapuestos y más poderosos, no se le interpongan.

Pero dejemos la palabra a los propios ingleses. Hace algunas semanas, el periódico oficioso de Londres «The Times» publicó un substancioso editorial, en el cual después de hacer un ligero análisis de la situación en Tierra Santa, planteaba clarísimamente el problema del porvenir de Palestina. Y decía: «El panorama del futuro de Palestina no es muy halagüeño. Los que vivieron en los tristes días de los años 1936 y 1939 se horrorizan al pensar que puedan volver a reproducirse aquellos sangrientos desórdenes, pero todo parece indicar que tarde o temprano volverán a reproducirse. Hasta que exista un deseo sincero y general de colaboración es muy difícil que tenga éxito ninguna política planteada, por buena que parezca. Mientras los árabes y judíos se empeñen en tener mayoría, no puede haber acuerdo ni aun en principio.» Y seguía con la siguiente declaración: «El observador casual y los moderados creen que la única solución es que Inglaterra siga administrando el país, regulando la inmigración y la transferencia de terrenos.»

La claridad del texto reproducido, hace innecesaria cualquier apostilla por nuestra parte.

### La actitud de la Iglesia

También la Iglesia ha hecho sentir su voz sobre los hondos problemas que afligen la Tierra Santa y, concretamente, sobre la cuestión del sionismo. Vamos a recordarla, reproduciendo unos textos, no muy conocidos, desgraciadamente, que revelan la ansiedad con que siguen los Papas el desarrollo de la situación en aquellos lugares, santificados por nuestro Redentor.

En el Consistorio celebrado el día 10 de marzo de 1919, S. S. el Papa Benedicto XV pronunció una alocución, de la que reproducimos los siguientes párrafos: «En todos los tiempos, la Iglesia de Oriente ha sido objeto de una especial solicitud por parte de los Romanos Pontífices; pues aun cuando colocados por Jesucristo a la cabeza de todas las gentes, deben velar por la salvaguardia y el progreso de cada una de las Iglesias particulares, no menos ha de parecer muy justo y natural que tengan un amor especial a la Iglesia de Oriente, ya que en aquellas regiones se ha consumado la redención del género humano, y es allí donde la semilla fecunda del apostolado y del martirio, sembrada desde los primeros tiempos, ha dado magníficos frutos de santidad y de ciencia.» Y continuaba: «Poséense gran número de documentos que dan testimonio de la vigilancia de los Papas para promover por todos los medios la prosperidad de la Iglesia de Oriente y defender a las sedes cristianas que tan frecuentemente habían de padecer las incursiones de pueblos enemigos.»

Reseñaba, después, el Pontífice su constante desvelo por los pueblos orientales, especialmente con motivo de la guerra europea; su intervención para poner fin a las matanzas de armenios y evitar los peligros que amenazaban a los sirios y libaneses. «No hemos dejado nunca de poner al servicio de todos los pueblos de Oriente que se encontraban en el infortunio, toda Nuestra influencia y todos Nuestros recursos, así como también la preciosa colaboración de los representantes de la Santa Sede.»

Pero la preocupación mayor del Vicario de Jesucristo, eran los Santos Lugares. La Gran Bretaña ocupaba Palestina, y las promesas hechas a los judíos se mantenía en toda su integridad. Por ello el Papa decía: «Nos preguntamos con la más viva ansiedad qué decisión va a tomar a este respecto, dentro de breves días, la Conferencia de la Paz de París. Sería para Nos y para todos los fieles un golpe cruel, si se crease una situación de privilegio para los infieles en Palestina, pero Nuestro dolor sería más vivo aún si los augustos monumentos de la Religión cristiana fuesen entregados a los no cristianos.» Otros peligros vislumbraba el Pontífice: «Nos sabemos, además, que extranjeros no católicos, provistos de abundantes recursos, explotan la ruina y la miseria que la guerra acumuló en Palestina, para propagar sus propias doctrinas. Y es absolutamente inadmisibles que tantas almas pierdan la fe, allí mismo donde Nuestro Señor Jesucristo les ha comprado, con su sangre, la vida eterna.»

Casi dos años más tarde, S. S. Benedicto XV habló más concretamente sobre la cuestión de Palestina. Fue en el Consistorio de 13 de junio de 1921.

Después de hacer referencia a su anterior alocución, el Pontífice recordó nuevamente «la obra nefasta llevada a cabo en Palestina por sectas acatólicas extranjeras que se llaman cristianas», y que, provistas de abundantes medios, explotan «la miseria suma en que Gran Guerra ha sumido a la población».

La victoria de los aliados contra los turcos, obligó a éstos a retirarse de los Santos Lugares, pero las consecuencias no repercutieron favorablemente para los intereses cristianos. Oigamos al Sumo Pontífice: «Cuando los cristianos, por medio de los ejércitos aliados, se apoderaron de los Santos Lugares, Nos participamos de todo corazón en la alegría general de los fieles; pero este gozo fué impotente para hacer desaparecer el temor, manifestado entonces en Nuestra alocución consistorial, de que un suceso de por sí magnífico y agradable, viniese a significar la preponderancia de los israelitas en Palestina, con la concesión a su favor de un estatuto privilegiado. Este temor, los acontecimientos lo han demostrado, no era vano. La situación de los cristianos, lejos de mejorarse, ha venido a ser, y esto es manifiesto, más difícil que antes, a consecuencia de nuevas leyes e instituciones políticas que — no decimos por voluntad de sus autores, pero sí de hecho — tienden a quitar al cristianismo la posición que ha ocupado hasta el presente, en beneficio de los israelitas. Este es el fin perseguido por aquéllos que con sus constantes esfuerzos quieren despojar a los Santos Lugares de su carácter sagrado, transformándolos en lugares de placer, importando a ellos las fiestas mundanas y todo atractivo sensual, frivolidades que, aunque deplorables en todas partes, lo son más en una región donde existen los monumentos religiosos más venerables.»

Insistiendo sobre la cuestión del sionismo, S. S. el Papa declaraba: «Por lo que atañe a los derechos de los israelitas, Nos no pretendemos que sean mermados, pero Nos nos esforzamos para que no sean vejados los sacrosantos derechos de los cristianos.» A este efecto, el Pontífice, dirigiéndose a los gobiernos de las naciones cristianas, les pidió que interviniesen «enérgicamente cerca de la Sociedad de Naciones, encargada al parecer de examinar el mandato inglés de Palestina, a fin de que aquellos derechos no sean desconocidos.»

He ahí expuesta la posición de la Iglesia sobre los graves y trascendentales problemas, que el mandato británico en Palestina y los propósitos del sionismo plantean a los Santos Lugares, y cuyos principales extremos hemos tratado de resumir en estos artículos.

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ Y CANADELL.

# CRISTIANDAD

*sostiene intercambio con las siguientes Revistas y publicaciones nacionales:*

**Acies** (Logroño)

**Analecta Sacra Tarraconensia** (Barcelona)

**Ciencia tomista** (Salamanca)

**Cisneros** (Madrid)

**DESTINO** (Barcelona)

**El Español** (Madrid)

**Hoja parroquial de Acies** (Logroño)

**La Familia** (Barcelona)

**MISION** (Madrid)

**Misional Hispánica** (Madrid)

**Mundo** (Madrid)

**Palestra Latina** (Barbastro)

**Razón y Fe** (Madrid)

**Revista de Estudios Políticos** (Madrid)

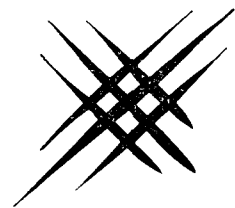
**Signo** (Madrid)

**Spes Nostra** (Madrid)

**Studia** (Palma de Mallorca)

**UNIDAD** (San Sebastián)

**Verdad y vida** (Madrid)



BARCELONA

# Sala y Badrinas

*Tejidos de Lana*

DESPACHO EN BARCELONA

Caspe, 33 B

FABRICA EN TARRASA

Prim, 59

# CUEVAS DE ARTÁ

---

---

¡OBRA DEL SUPREMO HACEDOR!  
¡MARAVILLA SUBTERRÁNEA!  
¡VISIÓN DANTESCA!

## *¡Visite Mallorca!*

Si precisa artículos de vestir, acuda a los  
Almacenes "La Primavera"

QUINT, 6  
JAIME II, 78  
SAN NICOLAS Y JOVELLANOS, 1



# JUAN ROCA

FÁBRICA DE CURTIDOS

Torre del Amor, 4

PALMA DE MALLORCA

HILADOS Y TEJIDOS DE LANA, ASTRACANES, TERCIOPELOS Y TAPICERÍAS

# Alegre & Puigbó, S. en C.

TARRASA

---

---

FÁBRICA  
RINCÓN, 13 - TELÉFONO 2330

DESPACHO  
PLAZA M. J. VERDAGUER, 13  
TELÉFONO 2318